

DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES AL MOVIMIENTO POPULAR*

*Leopoldo Múnera Ruiz,
Profesor de la Universidad Nacional*

La noción de movimiento popular habita tanto el mundo de las teorías sociales como el de la acción colectiva. Las características de categoría analítica o de tipo ideal que adquiere en el primer contexto, restringe el significado que tiene en el segundo. En ambos casos, como sucede con todo concepto analítico o práctico, está condicionada por el sistema de relaciones sociales en el que se inscribe la historia de la teoría y de la praxis.

En América Latina, el estudio de las acciones colectivas organizadas de los sectores populares, oscila entre estos dos contextos que definen la noción de movimiento popular. El perfil práctico-instrumental que ésta toma en la acción la lleva a fluctuar entre la denominación amplia del conjunto de luchas, organizaciones, asociaciones e incluso partidos, y caracterizaciones más restrictivas que limitan su significado a las prácticas sociales ajenas a la competencia por el ejercicio del poder estatal. Los *investigadores en ciencias sociales le dan un perfil analítico, que ofrece una amplia gama de variantes, desde las funcionalistas hasta las desarro-*lladas por la sociología de la acción¹.

Como prácticas sociales, estas dos formas de entender el movimiento popular no se diferencian de manera tan tajante: con frecuencia los científicos sociales utilizan las categorías con el sentido dado a ellas en la acción colectiva de los sectores populares. De la cual hacen parte como intelectuales. O los grupos populares asumen el marco conceptual de las teorías sobre los movimientos sociales, para elaborar una articulación discursiva de su acción.

Sin embargo, la pretensión analítica de las ciencias sociales lleva a un uso más rígido de las categorías y más apegado a las teorías existentes (o más riguroso, si empleamos la expresión de los científicos sociales); mientras que las necesidades de la acción exigen una mayor flexibilidad e independencia de la racionalidad impuesta por las formulaciones teóricas. Si utilizamos la figura retórica empleada por Touraine, podemos afirmar que la mirada y la voz no se corresponden, pues la voz tiene su propia mirada y la mirada su propia voz.

En el presente ensayo pretendo delimitar el marco conceptual que rodea el estudio del movimiento popular. Para tal efecto, realizaré un examen crítico de las teorías de los movimientos sociales, intentando responder a los interrogantes analíticos que levanta la acción colectiva de los sectores populares en Colombia. En tal medida las categorías analíticas serán vistas como *instrumentos para estudiar un fenómeno social concreto*. Aclaración necesaria frente al intento de convertir la noción de movimiento social en el punto central de la sociología de la acción y a ésta en la clave explicativa de la sociedad².

Esta perspectiva conlleva la necesidad de preguntarse sobre la validez conceptual de la teoría de los movimientos sociales y sobre su utilidad analítica para estudiar la acción colectiva organizada en América Latina y particularmente en Colombia³. Además, lleva implícita una propuesta de sistematización de las categorías necesarias para analizar el

* Este ensayo hace parte de la tesis doctoral que el autor está realizando en la Universidad Católica de Lovaina bajo el título: "Relaciones de poder y movimiento popular colombiano (1968-1988)".

¹ Como ejemplo de la variedad de matices ver: CALDERÓN GUTIÉRREZ Fernando (1986) y (1987).

² Ver: TOURAINE Alain (1984).

³ El estudio de las teorías de los movimientos sociales de origen europeo o estadounidense es necesario, pues constituye el referente principal de las investigaciones realizadas en América Latina sobre la acción colectiva organizada.

movimiento o los movimientos populares, como un tipo particular de movimiento social.

I. La Teoría de los Movimientos Sociales

La teoría contemporánea de los movimientos sociales despegó en los Estados Unidos en los años sesenta y encuentra su punto de mayor desarrollo en Europa durante la década del setenta. Alrededor de la práctica social y del análisis de los denominados nuevos movimientos sociales, va siendo tejido un cuerpo categorial destinado a explicar y comprender la acción colectiva organizada.

En esta sección me interesa seguir las principales huellas de los cambios que se fueron presentando en la noción de movimiento social. Los factores que permitieron ese proceso sólo serán mencionados como telones de fondo de la escena teórica. El paso de una sociedad industrial a una sociedad post-industrial o programada, el consecuente resquebrajamiento del movimiento obrero, la transnacionalización de la economía mundial o el desencanto por la evolución de los países de Europa del Este, son vistos así como condicionantes del objeto central de estudio.

1.1 Las Conductas Colectivas

Las obras de Smelser y Kornhauser⁴ ubicaron el concepto de movimiento social dentro del campo analítico correspondiente a las conductas colectivas. En la misma línea que la teoría de la sociedad de masas y en el cuadro de la sociología funcionalista, partieron de una visión negativa de los actores colectivos no-institucionales, para enmarcarlos en los límites conceptuales de una sociedad articulada en torno a valores compartidos por todos sus miembros⁵.

Los actores colectivos e individuales que constituyen el movimiento social eran presentados como elementos marginales, impulsados a asumir conductas contestatarias por una doble irracionalidad. De una parte, fenómenos psicológicos como la frustración o la agresividad llevaban al individuo a integrarse a comportamientos colectivos. De otra parte, creencias generalizadas sobre el alcance y la fuerza de la acción colectiva, desproporcionadas con respecto a la realidad, eran el motor de la

movilización. Esta irracionalidad de la acción era definida en contraposición a la racionalidad institucional; de la misma manera que la disfuncionalidad encarnada por el movimiento social, era definida en contraposición a una visión de la sociedad como un todo integrado, en cuyo seno el conflicto tenía un papel secundario.

Desde el punto de vista de la organización, la acción colectiva era concebida como espontánea e integrada a partir de primitivos medios de comunicación; es decir, como el producto de una forma asociativa elemental. Esta imagen facilitaba el agrupamiento, bajo la denominación de conductas colectivas, de fenómenos sociológicos tan disímiles como el pánico de los espectadores en un partido de foot-ball ante la amenaza de un incendio y el movimiento pacifista en los Estados Unidos. Asimilación conceptual que permitía trazar una senda evolutiva entre ellos, dentro de un esquema lineal que llegaba hasta los movimientos sociales.

Así, en el amplio espectro de las conductas colectivas, los movimientos sociales eran vistos como una reacción a la crisis generada por cambios estructurales. Las situaciones que ellos afrontaban eran amorfas y poco definidas con respecto al orden social. O sea, una suerte de oposición pasajera a la modernización, cuya transitoriedad estaba determinada por la inevitable generalización de las ventajas ofrecidas por el progreso y por el carácter coyuntural de los momentos de crisis.

La no-institucionalidad del movimiento social contrastaba con la acción institucional-convencional de los agentes encargados de restablecer el orden social y de solucionar los conflictos de intereses dentro del marco de los valores compartidos. En el trasfondo de este contraste, las conductas colectivas reposaban sobre un modelo que suponía el equilibrio como esencia de la sociedad y los movimientos sociales eran entendidos como un intento anormal y disfuncional de adaptación a desequilibrios producidos por factores externos a ella.

La marginalidad de los actores; la irracionalidad, la no-institucionalidad y la disfuncionalidad de

⁴ SMELSER Neil (1963) y KORNHAUSER William. (1959).

⁵ Las diferentes vertientes de la teoría de los movimientos sociales han sido construidas a partir de la crítica a los trabajos funcionalistas sobre la conducta colectiva. La breve síntesis que presento a continuación recoge, aparte de las obras de Smelser y Kornhauser, los comentarios que a ellas hicieron autores como COHÉN L. Jean (1987), MELUCCI Alberto (1989), PIZZORNO Alessandro (1987), TILLY Charles (1987) y OFFE Claus (1987).

la acción con respecto al orden social; así como la precaria organización y la transitoriedad de este tipo de conductas colectivas, configuraban una definición negativa de los movimientos sociales. Sus elementos principales eran delineados por oposición a una supuesta normalidad, representada por los actores institucionales y por su capacidad de adaptación a los cambios sociales. Por consiguiente, el referente central para el análisis venía dado por aquello que los actores, la acción y el movimiento social no eran, y no por elementos que permitieran estudiarlos desde su dinamismo interno. De esta manera, quedaban atrapados en la sombra de la sociedad, al lado de todo aquello que no fuera funcional al orden y al equilibrio social.

Los límites de esta concepción de los movimientos sociales, están en estrecha relación con la incapacidad del funcionalismo para explicar el carácter conflictual de lo social. La historia del movimiento obrero y del movimiento campesino, o la existencia misma de los movimientos sociales que surgieron en Europa y Estados Unidos en los años sesenta y setenta, demostraban como el conflicto era uno de los elementos fundamentales de la acción colectiva que les daba forma. La imagen de una sociedad construida alrededor de valores compartidos por todos sus miembros, saltaba en el aire al ser confrontada con el estudio empírico sobre los movimientos sociales. Estos, por el contrario, enviaban hacia representaciones de lo social en términos de fuerzas o de actores que se enfrentaban entre sí en campos culturales compartidos, pero con valores, orientaciones, ideologías y recursos opuestos, cuando no excluyentes.

La visión negativa de los actores colectivos no-institucionales, al ser analizados en términos de masas, impide entender su proceso de formación y transformación más allá de las explicaciones de naturaleza psicológica. Restricción que deja por fuera del análisis un fenómeno vital para el estudio de los movimientos sociales, como es el de la identidad, que abre las puertas para comprender el paso de la acción individual a la acción colectiva y resolver el

dilema teórico planteado por Olson⁶. Las creencias generalizadas, de estructura mítica, que utilizaban Smelser y Kornhauser para estudiar esta transición, reducían el problema a las supuestas representaciones que hacían los actores individuales de los alcances de la movilización colectiva. Era una forma de obviar sin responderlos, los interrogantes levantados por las teorías sociales fundadas en conceptos como las clases o las categorías sociales, y en los factores comunes que al constituir las determinaban o condicionaban la acción. Además, la tesis de la doble irracionalidad de ésta, válida en el caso de otras conductas colectivas, no tenía asidero empírico en los movimientos sociales.

¹ Tampoco lo tenían generalizaciones como la marginalidad de los actores, la espontaneidad y las primitivas formas de organización, la vinculación de los movimientos sociales con momentos de crisis, o la transitoriedad debida a la inevitabilidad del progreso y al reequilibrio del orden social. Lo institucional no gozaba de todos los atributos otorgados por el funcionalismo, ni lo no-institucional estaba condenado a la marginalidad y a la desadaptación. La noción de movimiento social, que había entrado con todos estos limitantes en el terreno de las conductas y de las acciones colectivas, sería reelaborada y transformada por los autores que Cohén agrupa en los paradigmas de la movilización de recursos y de la identidad⁷.

I. 2. La Movilización de Recursos

El estudio de los movimientos sociales que durante los años sesenta demostraron los límites de la democracia participativa en los Estados Unidos, condujo a nuevas formulaciones teóricas que buscaron salir de la camisa de fuerza impuesta por el funcionalismo y la teoría de la sociedad de masas. Trabajos como los de Oberschall y Olson⁸ dieron la pauta para pensar los movimientos sociales desde la óptica de la acción colectiva y no desde el balcón de un sistema social autoregulado.

Las investigaciones empíricas de movimientos como el de los derechos civiles, arrojaban conclu-

6 Olson elaboró, para el caso de la acción colectiva destinada a la producción de bienes públicos, la tesis según la cual el individuo sólo participa en la acción si hay incentivos selectivos. Es decir, aquellos que no se derivan directamente del bien público, sino de las ventajas colaterales que aporta la participación en su producción. Tesis que fue extendida con posterioridad a todo tipo de acción colectiva y que colocó de nuevo a las teorías sociales frente a la lógica de la racionalidad económica como elemento fundamental de la transformación de la acción individual en práctica colectiva. OLSON M. (1968).

7 Ver: COHEN L. Jean (1987).

8 OLSON Mancur (1968) y OBERSCHALL Anthony (1973).

siones que de forma manifiesta contradecían los principales postulados de Smelser y Kornhauser. Se trataba de acciones colectivas que tenían en su base grupos con altos niveles de organización y autonomía, dónde la supuesta irracionalidad y marginalidad de los actores no tenía nada que ver con los individuos y las asociaciones que conformaban y animaban los movimientos sociales. En efecto, la imagen del marginal-desadaptado no tenía ninguna correspondencia con las mujeres del movimiento feminista, o con los defensores de los derechos de las minorías étnicas. La anormalidad y disfuncionalidad que parecían caracterizar las conductas colectivas inherentes a los movimientos sociales perdían fuerza explicativa y estos pasaban a formar parte de las prácticas colectivas propias de lo social. De esta manera, como lo afirma Cohen, la pasiva sociedad de masas era reemplazada por una sociedad civil dinámica, en la que lo convencional y lo no-convencional resultaban imbricados dentro del mismo tejido conflictual⁹. Por ende, la contraposición entre institucionalidad-razionalidad y no-institucionalidad-irracionalidad, que suponía la identidad entre los dos elementos de cada término, perdía su valor analítico. Dentro del nuevo paradigma, las prácticas sociales, fueran ellas convencionales o no, institucionales o no, tenían en su raíz el mismo tipo de racionalidad de corte económico, que permitía calibrar la acción dentro de un balance de costos y beneficios.

El paradigma teórico de la movilización de recursos¹⁰ elabora una caracterización positiva de los movimientos sociales, vinculada con la repre-

sentación del sistema político estadounidense como una democracia pluralista y participativa. No obstante y a diferencia de los funcionalistas, centra la atención en las acciones conflictuales que entrarían a formar el núcleo de la sociedad. La noción de orden y de equilibrio es desplazada por la imagen de una telaraña de acciones racionales, implementadas por individuos y grupos que buscan objetivos precisos, y que para conseguirlos movilizan recursos sociales. Esos objetivos tienen como mira la integración al sistema político y la ampliación de la influencia sobre las decisiones que determinan la vida social. En consecuencia, el movimiento es un instrumento que usan los actores para satisfacer sus intereses individuales y participar en el sistema político con la finalidad de controlarlo o de utilizar a su favor, como grupo particular, los cambios sociales que de él se derivan.

Si la marginalidad e irracionalidad de los actores y la disfuncionalidad de la acción colectiva constituían el eje de la teoría de las conductas colectivas, en el caso de la movilización de recursos ese puesto lo ocupan la racionalidad de los actores dentro de una lógica de medios y de fines, los recursos como bienes utilizables e intercambiables y la integración-participación en el sistema político. La disponibilidad de los recursos reemplaza a la privación relativa y a la crisis como germen del movimiento social". En esa medida, como dice Lapeyronnie, son incluidos en el análisis de la acción colectiva factores como los políticos, los organizacionales y los estratégicos, que estaban ausentes o relegados a un papel secundario¹². Junto con ellos, las relaciones de po-

9 Ver la caracterización y la crítica de la teoría de la movilización de recursos que hace Cohén. COHEN L Jean (1987), pp. 12 y ss.

10 Aparte del trabajo de Oberschall, utilizo para esta síntesis los siguientes textos: ENNIS James and SCHREUER Richard (1987), JENKINS Craig (1983), KERBO Harold R (1982). LAPEYRONIE Didier (1988). MC CARTHY John and ZALD Mayer (1977), ZALD Mayer and MAC CARTHY John, (Eds.) (1979), ZALD Mayer and MAC CARTHY John (Eds.) (1987).

11 Pizzorno resume esta diferencia de la siguiente manera: 'Las dos principales teorías que hoy en día se confrontan en el estudio de los movimientos sociales son la teoría de la privación relativa' y la teoría de la movilización de los recursos'.

La primera asume que en la base de la emergencia de los movimientos sociales existe la presencia de un malestar y, por consiguiente, de reivindicaciones difusas de una parte de la población. Además, que tal estado de disturbio del orden social se transforma en movimiento, si encuentra en creencias o ideologías expresiones y términos compartidos por aquellos que sienten el malestar. Para prever cuando y donde es probable que los movimientos sociales surjan, es necesario buscar, en una determinada sociedad, variaciones en el grado de malestar e insatisfacción social. Es decir, signos de nuevas tensiones estructurales, de un aumento en la percepción de la injusticia, de la frustración de nuevas expectativas originada en una parte de la población a causa de un hecho externo, o de otras manifestaciones similares. Por el contrario, los teóricos de la movilización de los recursos¹ sostienen que el grado de malestar y los niveles de conflicto potencial en una determinada sociedad (o, al menos, en las sociedades capitalistas contemporáneas, a las cuales está limitada su investigación) es relativamente constante, y en todo caso no presenta variaciones tales que puedan dar razón de los cambios en la presencia y en la actividad de los movimientos sociales. Para explicar los cuales es más proficuo indagar sobre las fuentes de la variación en la disponibilidad de los recursos (esencialmente tiempo y dinero, articulados después en tipos más específicos) gracias a los cuales es posible organizar los movimientos' PIZZORNO Alessandro (1987), pp 16-17, Traducción del autor (T.d.A).

12 LAPEYRONIE Didier (1988), p. 603

der adquieren relevancia como la interacción entre agentes sociales, quienes fundamentan su fuerza en la movilización de recursos escasos para los otros.

A pesar de las diferencias claras entre una y otra concepción, los movimientos sociales tienen en ambas corrientes la característica de ser considerados, fundamentalmente, como los excluidos de un sistema al que pretenden incorporarse. En la teoría de las conductas colectivas son una especie de desviantes que no quieren quedar al margen de la modernización y el progreso, mientras que en la teoría de la movilización de recursos son agentes de un cambio que es obstaculizado por los actores convencionales. Es siempre una pareja de exclusión-integración la que anima la movilización; el sistema mismo queda así por fuera del conflicto y el cambio social reposa sobre una capacidad sistémica de adaptación que es independiente del campo de acción de los movimientos sociales.

Desde luego, el tipo de sistema y de integración es distinto en cada uno de los paradigmas. Para el de la conducta colectiva se trata del orden social y del retorno a la sociedad de quienes han quedado al margen de ella; en tanto que para el de la movilización de recursos se trata del sistema político y del ingreso de nuevos actores para perfeccionar la democracia. El peso descriptivo de ambas formulaciones se hace así evidente: más que la búsqueda de conceptos para analizar los movimientos sociales, hay un esfuerzo para ubicarlos dentro de una imagen de la sociedad estadounidense como una democracia pluralista y participativa, que absorbe y canaliza los conflictos sociales. Es la renuncia implícita o explícita a afrontar la pregunta sobre el significado de las orientaciones culturales que definen la acción y sobre el efecto que la confrontación, la integración o la contradicción entre ellas, tiene sobre el sistema de relaciones sociales y por ende, sobre el sistema político.

En lo que concierne específicamente a la teoría de la movilización de recursos, esta preponderancia de lo descriptivo la deja atrapada en una indefinición analítica. A pesar de aportar elementos importantes para el estudio de los movimientos sociales en lo relacionado con la interacción y el poder, no logra precisar la utilidad y el alcance de conceptos básicos

como el de recursos, el de movimiento social o el de contexto de la acción¹³. Además, la tesis de la racionalidad lleva en sí misma, como lo mencionamos con anterioridad, una lógica de medios y de fines que no responde a los interrogantes sobre el paso de la acción individual a la acción colectiva, ni sobre la naturaleza social de los actores individuales y colectivos. La fórmula del cálculo de costos y beneficios, así incluyamos en ellos los valores simbólicos o afectivos, es incapaz de explicar los factores sociales comunes que llevan a ciertos actores individuales a sumarse a otros para realizar una acción colectiva. Es ese el terreno de las relaciones sociales, de las orientaciones culturales y de la identidad colectiva que alberga la tercera vertiente teórica sobre los movimientos sociales.

1.3. La Sociología de la Acción

1. En las teorías sociales europeas, la elaboración conceptual de los movimientos sociales alrededor de la identidad de los actores colectivos y de la orientación cultural de sus acciones, juega un papel preponderante. Si bien los trabajos realizados dentro de este paradigma de la identidad no pueden ser reducidos a la obra de Touraine, ésta, en el seno de la sociología de la acción, constituye el esfuerzo más sistemático para construir un cuerpo analítico que supere los límites de las teorías de la conducta colectiva y de la movilización de recursos. Es también el punto de referencia central dentro de la corriente en que están ubicados autores como Melucci, Pizzorno, Cohén o Habermas. Por tal razón, conformará el núcleo de la presente sección. Los otros aportes teóricos, desde la perspectiva de esta investigación, serán estudiados en la parte relativa a la crítica de las nociones tourainianas o en la presentación del movimiento popular como categoría analítica.

Como vimos en el numeral anterior, la teoría de la movilización de recursos allanó el camino para romper con la idea que asociaba a los movimientos sociales con disfuncionalidades dentro del sistema social; pero, encerró la acción colectiva que los caracteriza en el horizonte estrecho de la racionalidad económica. De esta forma cortó los lazos que vinculaban a los movimientos con lo estructural, sin ofrecer una salida alternativa. Touraine, haciendo

¹³ Lapeyronnie anota de forma acertada que la noción de recurso queda flotando como una analogía con el dinero y las mercancías, la noción de movimiento social es una simple constatación del encuentro entre una acción política y una acción colectiva y los elementos contextuales se pierden sin integración lógica en una diversidad de expresiones ambiguas como medio o clima social. LAPEYRONIE Didier (1988), pp. 604 y 615.

uso de algunos instrumentos analíticos marxistas, reconstruye este nexo al tomar como elementos teóricos fundamentales las relaciones entre las clases y la producción de la sociedad. La representación de ésta como un sistema de relaciones sociales o como un sistema de acción (a discreción como si se tratará de sinónimos), le permite obviar las dificultades que suponía una concepción en términos de un orden social fundamentado en valores compartidos. Los movimientos sociales serían así acciones colectivas organizadas y normativamente dirigidas, en virtud de las cuales actores de clase luchan por la dirección de la historicidad o por el control del sistema de acción histórico¹⁴.

Los movimientos sociales dejan de ser los residuos marginales, del paradigma de las conductas colectivas, o el instrumento para satisfacer los intereses individuales y grupales de integración al sistema político, del paradigma de la movilización de recursos, y se transforman en los actores privilegiados en el conflicto por el control y la orientación de los modelos que constituyen el sentido societal (el sentido del conjunto de lo social); actores de clase que serían los principales agentes de la producción de la sociedad por ella misma. Por este camino la acción entra a formar parte de lo estructural, espacio que para los funcionalistas estaba reservado al orden y para los partidarios de la racionalidad económica a un difuso contexto social.

Al igual que en la teoría de la movilización de recursos y con base en investigaciones empíricas

sobre las nuevas y las viejas formas de la acción colectiva organizada en Europa, los movimientos sociales son vistos como sistemas organizados complejos; conformados por individuos que, más allá de la simple racionalidad estratégica o de la disponibilidad de los recursos, orientan y le otorgan significado a sus actos de acuerdo con sus prácticas sociales y con la representación que hacen de ellas. Así mismo, Touraine considera que la existencia de un conflicto es indispensable para que una acción colectiva organizada sea entendida como movimiento social. Sin embargo, a diferencia de lo sostenido por la teoría de la movilización de recursos, aquí el conflicto debe tener una centralidad social; es decir, enfrentar a actores de clase por el control y la orientación del sentido societal. Centralidad que no desdice de la pluralidad de manifestaciones y de campos conflictuales. En otras palabras, el conflicto por la orientación de la historicidad en el que está implicado el movimiento social, se desarrolla en una multiplicidad de escenarios sociales y con intensidades que varían en el conjunto de la acción colectiva¹⁵.

A los anteriores rasgos de los movimientos sociales, Touraine agrega tres principios básicos. La identidad: definición del actor por sí mismo, la oposición: caracterización del adversario y la totalidad: elevación de las reivindicaciones particulares al sistema de acción histórico¹⁶. Este autoreconocimiento, reconocimiento del adversario, del terreno y de las apuestas en juego, así como la capacidad de superar las pretensiones sectoriales del actor colec-

¹⁴En sus dos principales escritos sobre los movimientos sociales, Touraine fluctúa entre estas dos definiciones: 1. "En principio yo entiendo por movimientos sociales la acción conflictual de agentes de clases sociales que luchan por el control del sistema de acción histórico" TOURAINE Alain (1973), p. 347. (T.d.A.). 2. "El movimiento social es la conducta colectiva organizada de un actor de clase que lucha contra su adversario de clase por la dirección social de la historicidad en una colectividad concreta" TOURAINE Alain (1978), p. 104, (T.d.A.).

La historicidad sería el trabajo que la sociedad cumple sobre ella misma guiada por grandes orientaciones culturales representadas en tres modelos: de acumulación o inversión, de conocimiento y cultural. El sistema de acción histórico sería uno de los elementos del campo de historicidad, al lado de la relaciones entre las clases, y estaría caracterizado por el modo en que los tres modelos se imponen sobre las prácticas sociales.

¹⁵A este respecto ver: TOURAINE Alain. (1987).

¹⁶1. El principio de identidad es la definición del actor por el mismo. Un movimiento social sólo se puede organizar si esta definición es consciente; pero la formación del movimiento precede con amplitud dicha consciencia. Es el conflicto el que constituye y organiza al actor TOURAINE Alain (1973), p. 361, (T.d.A.).

"2. Se debe definir de la misma manera *el principio de oposición*. Un movimiento sólo se organiza si puede definir su adversario, pero su acción no presupone esta identificación. El conflicto hace surgir al adversario, forma la consciencia de los actores en su mutua presencia." TOURAINE Alain (1973), p. 362, (T.d.A.).

"3. En fin, no existe movimiento social que se defina únicamente por el conflicto. Todos poseen eso que yo denomino *principio de totalidad*. El movimiento obrero ha existido porque no sólo ha considerado la industrialización como un instrumento de beneficio capitalista, sino que además ha querido construir una sociedad industrial no-capitalista, anticapitalista, liberada de la apropiación privada de los medios de producción y capaz de un desarrollo superior. El principio de totalidad no es otra cosa que el sistema de acción histórico en el cual los adversarios, situados en la doble dialéctica de las clases sociales, se disputan la dominación." TOURAINE Alain (1973), p. 363, (T.d.A.).

tivo y proyectarse en el plano societal, amplía el ámbito cultural de los movimientos sociales. También abre, para la teoría de la acción colectiva, un campo de estudio inexistente en la perspectiva de la racionalidad económica o estratégica y extraño a la internalización (o no-internalización) pasiva de valores en el funcionalismo. Es, desde otro punto de vista, una respuesta a la pregunta sobre el paso de la acción individual a la colectiva. El papel preponderante de la búsqueda y construcción de la identidad sobre el cálculo racional y el juego estratégico, convierte al movimiento social en un fin para los actores individuales y le quita el carácter de medio que tenía en el paradigma de la movilización de recursos.

2. La anterior reelaboración de la noción de movimiento social va acompañada de un replanteamiento del nexo entre la acción colectiva y las clases sociales. Para la teoría marxista la posición de los agentes en la estructura social conllevaba, de manera necesaria y esencial, acciones colectivas. Dentro de ellas, la transformación de la sociedad, a cargo del partido como representante del proletariado, y la dirección de las prácticas sociales implementadas por otras clases subordinadas¹⁷. El estudio de los llamados nuevos movimientos sociales y la evolución de las sociedades de capitalismo tardío (programadas o post-industriales en la terminología tourai-

niana), a la par que la crítica a los partidos y a los antiguos movimientos sociales, pusieron en entredicho tanto la necesidad como el carácter esencial de dichas acciones. Por consiguiente, hubo una ruptura con cualquier tipo de determinismo que pretendiera convertir las clases en agentes pasivos de las estructuras y la acción colectiva en la aplicación del conocimiento objetivo de los políticos profesionales.

Contra el estructuralismo marxista y el denominado paradigma de la dominación, que según la versión de Touraine pretendían reducir la sociedad a la lógica de las clases dominantes, la figura de un sistema de acción en cuyo seno los movimientos sociales disputan la orientación de la historicidad, introduce la acción colectiva y los modelos culturales comunes en el corazón de la relación entre las dos clases principales. El carácter necesario de la acción de los partidos, deducido de las leyes de la historia, cae para dar paso a los movimientos sociales como agentes de la producción y transformación de la sociedad. Lo estructural es así despojado de su naturaleza meramente objetiva y la dominación de su omnipresencia asfixiante¹⁸. Por consiguiente, la imagen de las clases, que en su pasiva alienación parecía colindar con la proyectada por la teoría de la sociedad de masas, es redimensionada por medio del papel activo de los movimientos sociales.

¹⁷Tema desarrollado con amplitud en la primera parte del trabajo de LACLAU Ernesto y MOUFFE Chantal (1987).

¹⁸En un artículo de 1987, Touraine resume esta crítica que estaba presente de una forma sintética en sus anteriores escritos: "De manera contraria, la escuela estructural marxista ha difundido recientemente la idea de que los actores en vez integrarse en una sociedad absorbiendo los valores, sufren una lógica de dominación y en consecuencia no tienen la capacidad de ser verdaderos actores. Esta idea estaba ya presente en el *Qué hacer?* de Lenin. Los trabajadores no se pueden liberar a sí mismos, porque son prisioneros de un sistema que limita su acción espontánea a negociaciones reformistas. En los años sesenta y setenta, algunos leninistas desilusionados reconocieron que la intelectualidad científica revolucionaria, que había debido construir una sociedad libre para los trabajadores, se había transformado en aparatchiki de un Estado totalitario, y que la generación de los tiempos duros había sido seguida por épocas que no eran mejores. Así, un nuevo tipo de marxistas -ex o para-marxistas- construyó la imagen de una sociedad cerrada, en la que los conflictos y las protestas no tenían cabida debido a la creciente capacidad de intervención y de manipulación de un poder central. Después, las obras pioneras de H. Marcuse y de un grupo de pensadores franceses como L. Althusser, N. Poulantzas, P. Bourdieu y M. Foucault, este último con un gran talento y una compleja y mutable personalidad intelectual, difundieron un cierto tipo de funcionalismo crítico que consideraba la sociedad como dominada por aparatos ideológicos del Estado, por los omnipresentes poderes simbolizados en el Panopticon de Bentham, o inclinada a identificarse con sus mecanismos de reproducción. La decadencia del movimiento obrero, la transformación de los movimientos de liberación del Tercer Mundo en regímenes opresivos e incluso fanáticos y la influencia de los disidentes soviéticos destruyeron la tradicional confianza escatológica en algunos movimientos que eran considerados como populares y libertarios. Desilusionados de todo tipo de fuerza revolucionaria, los teóricos terminaron por sustituir la esperanza abandonada en los movimientos sociales de liberación con una lógica de la dominación. Asimismo, estos filósofos sociales no quisieron cambiar su viejo credo con un cada vez más satisfecho neoliberalismo de los países occidentales, que se identificaban con la racionalidad mientras torturaban en Argelia o lanzaban napalm sobre las aldeas vietnamitas. Este doble rechazo creó una imagen totalmente negativa de la vida social, en la cual la alienación y la integración heterónoma podían ser contestadas sólo por revueltas marginales o por una cultura estética individualista. Dichos filósofos han desempeñado un papel muy importante en la historia de las ideas y de las ideologías, pero han sido altamente destructivos en términos del análisis social. La necesaria crítica a un tipo de movimiento social corrupto o en decadencia es arbitrariamente desfogada en la imagen de una sociedad sin actores. La imagen de nuestra sociedad como totalmente dominada por sistemas de control y manipulación es tan lejana a la realidad visible que ha inducido a sustituir los estudios de campo con interpretaciones doctrinarias. En algunos países se ha transformado en la ideología dominante de una intelectualidad que se autodestruye." TOURAINE Alain. (1987), pp. 116-117, (T.d.A.).

Dentro del marxismo, el debate entre estructuralistas y no-estructuralistas alrededor de la primacía para el análisis social de las fuerzas productivas o de las relaciones de producción, había centrado la atención sobre el papel preponderante de la acción (como relación) en la producción de la sociedad; pero, no le había dado la proyección cultural (de sentido) que es el eje de la sociología de la acción. Esta pone el énfasis en el conflicto por el sentido societal (orientación y control de la historicidad), que para el marxismo era una consecuencia del conflicto entre capital y trabajo asalariado por los medios de producción y de la lucha por el ejercicio del poder estatal. De esta manera, la reflexión sobre la acción colectiva organizada amplía el campo de estudio del conflicto social y le quita el protagonismo a la escena institucional.

Más allá de la pertinencia del nuevo cuerpo analítico propuesto por la sociología de la acción, ella convierte la acción colectiva en un problema para el marxismo, el cual había intentado darle un rodeo con la tesis de los intereses y la conciencia de clase. Si la acción colectiva que produce y transforma la sociedad no puede ser deducida de las estructuras, si, en consecuencia, el estudio de las clases no resuelve el de las prácticas sociales y la sociedad no puede ser reducida a un principio fundamental e independiente de los actores (que además sirva como clave explicativa), los movimientos sociales pasan a ser el núcleo de las ciencias sociales contemporáneas. En efecto, si las clases producen la sociedad por medio de ellos, la acción colectiva normativamente orientada y en conflicto adquiere un papel preponderante en el estudio de la sociedad¹⁹.

En el trasfondo, como lo afirma Melucci²⁰, la propuesta analítica de Touraine busca redimensionar con la noción de historicidad, el carácter cultural y simbólico de la actividad productiva; sacar la producción de sentido de la brumosa superestructura del determinismo marxista y colocarla en el seno mismo del sistema complejo de acción, que sería la

sociedad. Opción teórica que también lo obliga a replantear nociones como clase social y relación de clases, para incluir en ellas tanto la desigualdad que se da en la acumulación, como la existencia de un conflicto por el control del campo cultural y simbólico, y por la orientación del sentido societal. A partir de estos dos elementos crea la imagen de una doble dialéctica entre las clases, que opondría una clase superior dominante y dirigente a una clase popular defensiva o dependiente y progresista²¹.

La reformulación de la relación entre la acción, colectiva y las clases, y entre la noción de clase y la producción de sentido, está inscrita en una tendencia general de las teorías sociales hacia la recuperación del sujeto en calidad de actor. Desde los años setenta existe una corriente de pensamiento que busca contrarrestar y relativizar el peso dado después de la segunda guerra mundial a las estructuras y al funcionamiento de la sociedad. Dentro de ella, Touraine, y en general la sociología de la acción, intentan construir un nuevo paradigma teórico que explique a la vez la sociedad y los movimientos sociales, o más bien, que explique la sociedad a partir de los movimientos sociales. Con tal propósito, como acabamos de ver, replantean el estudio de la acción colectiva y de los nexos entre los actores y las estructuras; por consiguiente, abren nuevas perspectivas explicativas. No obstante, como veremos a continuación, los elementos analíticos aportados para el estudio de los movimientos sociales tienden a perderse por los vericuetos de una teoría global de la sociedad y en la pretensión de elaborar *La Sociología* de la postindustrialización.

3. La historicidad es la clave analítica que utiliza Touraine para entender y explicar los movimientos sociales. A través de ella introduce los elementos culturales que estaban ausentes en el paradigma de la movilización de recursos y con ella rompe la imagen del orden social funcionalista. Además, es el espacio de la producción de sentido que le sirve para deslindar campos con el marxismo y cuestionar la supuesta objetividad de lo estructural. Gracias a

¹⁹Es la tesis sostenida por Touraine en el articulado ya citado sobre la centralidad de los movimientos sociales para el análisis sociológico. Ver: TOURAINE Alain (1984). Es así mismo parte esencial de la forma como entiende el regreso del actor al tablado de la sociología. Ver: TOURAINE Alain (1984)1.

²⁰MELUCCI Alberto (1975), p. 362.

²¹"La clase superior es al mismo tiempo dirigente y dominante, ella administra el modelo cultural y la organización de la sociedad; ella somete también toda la sociedad a sus intereses particulares. La clase popular es simultáneamente defensiva, en la medida en que participa de forma dependiente en la actividad económica, y progresista, en cuanto impugna la identificación del sistema de acción histórico a los intereses y a la ideología de la clase dominante." TOURAINE Alain (1973), p. 380, (T.d.A.)

ella logra diferenciar los movimientos sociales de otros tipos de acción colectiva organizada y convertirlos en el problema central del análisis sociológico. Es, en pocas palabras, la piedra filosofal que le sirve para transformar a los agentes sociales pasivos y alienados en actores que hacen su historia. Sin embargo, y a pesar de la potencialidad explicativa de las ideas que sugiere, vive en un limbo teórico entre el funcionalismo, las teorías de la acción y el historicismo.

La imagen de la sociedad que se produce a sí misma mediante la activación de los modelos que conforman la historicidad, trata de acoplar dos visiones incompatibles y contradictorias. Por un lado, la idea dinámica de un sistema de acción que se crea y recrea en las relaciones sociales, y por el otro la idea estática de los tres modelos activados pero no producidos por las clases. Touraine critica con todas sus baterías teóricas la idea funcionalista de la sociedad como un actor guiado por valores y normas, que establece y controla su orden interior y las relaciones con el entorno²². A ella opone la figura de un sistema de actores, animado por tensiones culturales y conflictos sociales, en el que los valores y las normas reposan en las clases y los movimientos sociales²³. Sin embargo, no renuncia a la representación de la sociedad como un sujeto histórico que se produce a sí mismo, es decir, que es al mismo tiempo el productor y el producto²⁴. Concepción que no sería problemática si no fuera acompañada de la existencia de modelos sociales (cultural, de conocimiento y de acumulación), que tienen el mismo carácter unitario (comunes a toda la sociedad) de los valores y las normas en el funcionalismo.

Estos modelos de sentido sociales anteceden la acción y adquieren la forma de estructuras pre-establecidas que son activadas por los agentes-actores. La historicidad parece tomar el lugar dejado por el modo de producción del estructuralismo marxista,

y, como una autoburla, se coloca por fuera de la historia, al tener una génesis extraña a las relaciones sociales y estar por encima de los actores, pues determina su acción sin ser sobre-determinada a su vez por ella. Este contrasentido tiene lugar en el momento en que Touraine reifica una categoría analítica como la historicidad y concibe a la acción colectiva en función de ella. La historicidad tourainiana comprende a la vez un campo de acción (el campo de historicidad) y unos modelos de sentido (la historicidad propiamente dicha). El campo de acción permite analizar los límites y las posibilidades que el devenir histórico le impone a una sociedad: en materia de recursos materiales, de conocimiento, de creatividad. Es decir, capta el discurrir de una sociedad en el tiempo largo de la historia. Por el contrario, los modelos tratan de reducir esas posibilidades y esos límites, esa multiplicidad de sentido societal, a tres formas estáticas que simplemente serían orientadas y controladas por los actores²⁵. Como dice Bajoit, es paradójico que Touraine critique y busque acabar la idea de progreso cuando caracteriza la sociedad post-industrial, al ver en ella una concepción determinista de la historia y del porvenir que él supone ausente en dichas sociedades, y de manera simultánea entienda la historicidad que les da forma como un sentido societal (un sentido de la historia) al que están subordinadas las orientaciones culturales de los actores²⁶. Así introduce por la puerta de atrás un nuevo determinismo, implícito en los modelos de sentido societal que anteceden, orientan y dan significado a la acción individual y colectiva.

Abandonar definitivamente la noción de la sociedad como un sujeto, es decir entenderla como un producto de las relaciones sociales (no simplemente de los actores), exige comprender que las diferentes formas de sentido sociales son el resultado de las relaciones sociales y no su causa o la dirección que

22"La sociología de la acción se opone a la sociología de las funciones de la manera más directa. Nada está más alejado de la sociedad entendida como un actor guiado por valores y normas, que establece y controla su orden interior y sus relaciones con el medio que lo circunda, que el análisis de la acción y de los conflictos a través de los cuales la sociedad actúa sobre ella misma, para llevarse a sí misma, superando su funcionamiento, hacia un más allá del presente, hacia objetivos que pueden estar en la historia o fuera de ella." TOURAINE Alain (1973), p.48,(T.d.A.).

23"La historicidad es una acción de la sociedad sobre sí misma, pero la sociedad no es un actor; ella no tiene ni valores ni poder. Valores y normas pertenecen a los actores que actúan en el campo de la historicidad, a las clases sociales." TOURAINE Alain (1973), p. 75, (T.d.A.).

24"La historicidad de la cual yo hablo no es la obra de un actor; es la característica de la sociedad al nivel que yo defino como el de la producción de la sociedad por sí misma o, lo que tiene idéntico significado, de la sociedad como sujeto histórico." TOURAINE Alain (1973), p. 40 (T.d.A.).

25Es este el momento de la reificación, cuando el categoría analítica historicidad, que sirve para explicitar la idea de un sentido societal, se transforma en modelos susceptibles de ser orientados por las prácticas sociales.

26 BAJOIT Guy (1991), pp. 289-290.

ellas toman²⁷. La disyuntiva que nos presenta Tou-raine entre la sociología de la acción y el paradigma de la dominación, entre la disputa por el control y la orientación de la historicidad y la reducción de la sociedad a la lógica de las clases dominantes, es una falsa alternativa. El sentido societal se forma y transforma en las relaciones sociales, con la mediación necesaria de las relaciones de clase, dentro de los límites impuestos por las prácticas sociales y las orientaciones culturales de las clases y los sectores dominantes. En esos términos las clases, los actores colectivos e individuales que las conforman, producen y reproducen la sociedad, y junto a ella los "modelos de acumulación, conocimiento y cultural", en y por medio de las relaciones sociales, que implican no sólo la presencia de la interacción sino de los condicionantes estructurales. Por consiguiente, y desde este punto de vista, el conflicto social es entre los modelos de los actores y no por la dirección de los modelos de la sociedad (societales)²⁸.

Los movimientos sociales entran en conflicto por el control y la orientación de un campo social (corte que la práctica de los actores hace de lo social) y no por la dirección del sentido societal, que en vez de ser la antesala de las relaciones sociales sería uno de sus componentes y su producto. Así, por ejemplo, el movimiento feminista no entra en conflicto para darle una nueva orientación al modelo patriarcal dominante, sino para darle una nueva orientación a las relaciones hombre-mujer, superando dicho modelo. O el movimiento obrero no entra en conflicto para darle una nueva orientación al capitalismo-industrial dominante, sino para darle una orientación diferente a la relación capital-trabajo asalariado, aún dentro del mismo capitalismo. El sentido societal y los modelos sociales no hacen referencia prioritariamente a los recursos sociales o a su forma de utilización, como parece entenderlo Touraine cuando habla de sociedades industriales o de sociedades programadas, sino a las relaciones sociales. La industria, la programación, la energía nuclear, el co-

nocimiento científico o los medios de comunicación son simplemente recursos que forman un campo de historicidad y que pueden ser compatibles o no con los diferentes modelos de acumulación, de conocimiento o cultural. Confundir los recursos con las relaciones sociales lleva a comprender a los actores como administradores y no como productores de la sociedad.

Lo dicho en el anterior párrafo no significa que los recursos sociales sean neutros en términos de sentido; por ejemplo, la industria como forma de organización de la relación entre capital y trabajo asalariado, le imprime límites de sentido a la relación entre las clases: define una temporalidad, una espacialidad, un tipo de jerarquización o una disciplina. Sin embargo, no determina el rumbo del sistema de relaciones sociales, ni siquiera el rumbo de las relaciones entre las clases. El sentido societal es generado por la forma como los actores interpretan, modifican, deconstruyen o superan ese sentido implícito en los recursos, y el sentido de la propia práctica y de la práctica de los otros actores. En el gran teatro social no existe un guión que los actores deban seguir, limitándose a la creatividad de la representación en la escena, sino la confluencia de orientaciones dramáticas, cómicas o trágicas, que producen y transforman el guión en el transcurso de la obra. La noción de progreso, tan recurrente en los trabajos de Touraine para caracterizar a la sociedad industrial, no antecede a la industrialización, sino que nace y se desarrolla con ella; no antecede el quehacer de los actores industriales, sino que es producida en el seno de sus relaciones.

Remitir el sentido societal a las relaciones sociales y a las orientaciones culturales de los actores no implica, como teme Touraine, identificarlo con la ideología de la clase dominante, ni de ningún actor social. El sentido que resulta del sistema de relaciones sociales sintetiza las orientaciones culturales presentes en las prácticas sociales. O sea, es la

27 Es este el potencial explicativo del pensamiento de Marx cuando en la introducción de 1859 a las líneas generales de la Economía Política afirma que no es la conciencia la que determina el ser social, sino el ser social el que determina la conciencia.

28 Dentro de esta óptica comparto parcialmente la afirmación de Bajoit, que cito a continuación, sobre las consecuencias teóricas de abandonar el concepto de historicidad de Touraine, o cualquier otro que suponga un sentido de la historia que se impone a los actores. "Una toma de posición en ese sentido tiene enormes consecuencias para la teoría. En efecto, si es así, el sentido cultural vale por sí mismo y los conceptos que nos conducen a un sentido histórico resultan innecesarios, o más bien, deben ser superados. En otros términos, las relaciones sociales no tienen otro sentido que el otorgado por los actores (sentido cultural e ideológico) y lo que nosotros llamamos 'sociedad', no es más que un tejido de relaciones sociales entre actores que las producen y que son producidos por ellas al realizarlas." BAJOIT Guy (1991) p. 290, (T.d.A.). Parcialmente porque, como veremos enseguida, el sentido societal no coincide con el sentido cultural e ideológico de los actores. Es, con más precisión, el producto de la relación entre actores en co-presencia y de estos con los efectos estructurales de las relaciones entre actores ausentes espacial y temporalmente.

forma en que el sentido social de los actores se transforma en sentido societal. Pero, esta transformación se da en las relaciones sociales y por ende en las relaciones de poder, de tal manera que las clases y los actores dominantes imponen los límites dentro de los cuales se da la síntesis. En consecuencia las relaciones entre las clases, como parte de las relaciones sociales, definirían la historicidad y no al contrario²⁹.

El campo cultural común que define el terreno en el que entran en conflicto los movimientos sociales no debe ser traducido en la unidad y comunidad de las orientaciones que definen el sentido societal. Dentro de ese campo coexisten en tensión, conflicto, integración o contradicción, las orientaciones y el significado de las prácticas de los actores que comparten el mismo espacio y el mismo tiempo y de los actores ausentes; es decir, de aquellos que con acciones realizadas en el pasado o en espacios sociales diferentes, contribuyeron a conformar lo estructural del sistema de relaciones sociales presente o de un campo relacional específico. Esta perspectiva teórica lleva a representar los movimientos sociales y el sentido de su acción en el marco de los condicionamientos impuestos por lo estructural y a entender éste no como una cárcel de sentido societal (léase historicidad), sino como las reglas y los recursos utilizados por los actores en la producción y reproducción de sus acciones, y como los medios de reproducción del sistema social³⁰. En tales términos son simultáneamente el medio y el resultado de las

prácticas sociales (Giddens denomina esta característica la dualidad de lo estructural)³¹ y permiten la integración societal en espacios que no reducen la interacción a la co-presencia³².

Esta dualidad de lo estructural, como práctica y como condición de esa práctica, supera, en la misma dirección que pretendía Touraine, la reducción de las estructuras a los elementos objetivos de la sociedad, y de forma concomitante evita considerar la acción colectiva como determinada por y sometida a un principio estructural fundamental, sea éste de sentido o material. Touraine contrapone a la determinación en última instancia de lo económico, conatural al estructuralismo marxista, una suerte de determinación en última instancia de la historicidad, al supeditar a ella no sólo los niveles organizacional e institucional, sino el sentido de la acción colectiva. La interpretación que propongo de la dualidad estructural no supone abandonar la idea de una jerarquía en el sistema de relaciones sociales, sino replantear los vínculos que existen entre la acción y lo estructural. Es decir, evitar tener como un *a priori* de la investigación empírica que la unidad, la forma o el sentido de la acción, está dado de antemano por los elementos estructurales del sistema de relaciones sociales. Romper con la idea de que la identificación de la acción colectiva con una historicidad definida analíticamente es una característica esencial de los movimientos sociales, similar a aquella de la teoría leninista que identifica al partido revolucionario encargado de realizar los intereses obje-

29Para Touraine las relaciones entre las clases hacen parte, junto con el sistema de acción histórico, de un campo definido por la historicidad. Ver por ejemplo: TOURAINE Alain (1973), p. 115-116.

30En lo relacionado con lo estructural utilizo el marco conceptual dado por Anthony Giddens y para este aparte las siguientes precisiones: "Según el uso habitual en las ciencias sociales, el término «estructura» tiende a emplearse para hablar de los elementos más persistentes de los sistemas sociales. Con la expresión «estructural», deseo conservar esta connotación de persistencia en el espacio y en el tiempo. Las reglas y los recursos comprometidos de manera recursiva en las instituciones son los elementos más importantes de lo estructural. Las instituciones son, por definición, los rasgos más persistentes de la vida social; cuando hablo de propiedades estructurales de los sistemas sociales, hago referencia de forma particular a sus rasgos institucionalizados, aquellos que les da una solidez en el tiempo y en el espacio. Utilizo el concepto de «estructuras» para hacer referencia a las relaciones de transformación y de mediación que son los «conmutadores» subyacentes a las condiciones observables de la reproducción de los sistemas sociales." GIDDENS Anthony (1987), p. 73, (T.d.A.).

31"De acuerdo con la dualidad de lo estructural, las propiedades estructurales de los sistemas sociales son al mismo tiempo el medio y el resultado de las prácticas que ellas organizan de manera recursiva. Lo estructural no es «exterior» a los agentes: como trazos de la memoria y como actualización de las prácticas sociales es, en el sentido durkheimiano, más interior que exterior a sus actividades. Lo estructural no es solamente coacción, es de forma simultánea coactivo y habilitante. Esto no le impide a las propiedades estructurales de los sistemas sociales extenderse, en el tiempo y en el espacio, mucho más allá del control que pueda ejercer cada actor." GIDDENS Anthony (1987), p. 75, (T.d.A.).

32"«Integración» significa reciprocidad de prácticas entre actores o entre colectividades ligadas por relaciones de autonomía y dependencia. La integración social hace referencia al carácter sistémico de la integración cara a cara, mientras la integración sistémica hace referencia a las relaciones que tienen las personas o las colectividades con otros que están físicamente ausentes en el tiempo y en el espacio. Desde luego, los mecanismos de la integración sistémica presuponen los de la integración social; a pesar de esta subordinación, los primeros se diferencian de los segundos en varios aspectos" GIDDENS Anthony (1987), p. 77, (T.d.A.).

33 Al respecto ver un análisis más detallado en: MUÑERA RUIZ Leopoldo (1991).

tivos del proletariado con un conocimiento científico representado por una particular lectura del marxismo.

4. A. La noción tourainiana de movimiento social está unida, por un cordón umbilical, con la representación de la sociedad como un sistema de sistemas de acción, en el que existe una jerarquía entre los diferentes niveles que lo forman. En efecto, la caracterización de la historicidad, de las clases y de la acción colectiva, gira alrededor de una propuesta teórica destinada a superar el nefasto símil de la base y la super-estructura. En el marxismo, la jerarquía interna del sistema de relaciones sociales era presentada en una de estas tres formas: como graduación entre niveles o instancias, entre instituciones o entre funciones. En los tres casos, la división de las ciencias sociales en áreas o campos del conocimiento, era extrapolada al sistema de relaciones sociales. Así se podía hablar de relaciones económicas, políticas, jurídicas, religiosas o ideológicas, y establecer grados de importancia entre ellas, como si se tratara de factores claramente diferenciados en la práctica social³³.

Touraine propone dejar a un lado esta idea de las partes que interactúan para formar un todo y ver en la producción de la sociedad por sí misma, una acción que es al mismo tiempo práctica y sentido; obra del conocimiento, acumulación y modelo cultural³⁴. Por el contrario, hace una jerarquización entre sistemas de acción, en la que la terminología funcionalista se mezcla con los conceptos de la sociología de la acción y de la sociología política³⁵. El campo de historicidad (sistema de acción histórico y relaciones de clase) determinaría el sistema político y la organización social, en todos los tipos societales³⁶. O, en otras palabras, la historicidad primaría sobre el sistema institucional y sobre el sistema organizacional. Sin embargo, con esta tesis sólo resuelve el problema teórico de la realidad

fragmentada en campos equivalentes a los de las diversas ramas de las ciencias sociales. Al plantear la subordinación de lo jurídico-político a un sistema donde la actividad productiva (acumulación) queda en el mismo nivel que el modelo cultural y el de conocimiento, deja intacto el interrogante levantado por el símil de la base y la superestructura sobre la centralidad de la relación social con la naturaleza, de la cual la relación de producción sería sólo un momento, en la producción y reproducción de la sociedad³⁷.

Melucci resalta como el igualar en el mismo plano teórico la acumulación y los componentes culturales de la historicidad, puede llevar a una suerte de filosofía idealista del sujeto creador y evita el análisis de los condicionamientos que la relación social de producción impone a los modelos cultural y de conocimiento³⁸. Más allá de un determinismo que supone una relación de causa a efecto entre lo material y lo ideal, y de la separación entre base y superestructura, queda sin resolver el problema teórico sobre los límites y las mediaciones que el intercambio entre el ser humano y la naturaleza que lo rodea (a la vez material, simbólico y cultural) impone a la producción de sentido social y societal.

Touraine introduce en el estudio de la relación social de producción la problemática de la orientación y el significado de la acción; pero, descuida el proceso de producción simbólica y cultural que se da en la relación social con la naturaleza, el cual a su vez forma y transforma los modelos de la historicidad. Es decir, al suponer que la historicidad es anterior a las relaciones sociales, sobre las que predomina a través del sistema de acción histórico, construye niveles sistémicos en los que la producción simbólica y cultural en las prácticas sociales, se pierde en la imagen de actores colectivos que determinan su acción desde modelos preestablecidos. De aquí que el peligro de caer en una filosofía

34TOURAINÉ Alain (1973), p. 128.

35Anotación hecha por Bajoit en uno de los primeros artículos críticos sobre *Production de la société*. Ver: BAJOIT Guy (1974). Melucci la retoma en el trabajo sobre la obra de Touraine publicado en 1975.

36TOURAINÉ Alain (1973), p. 128.

37"La relación que establece una determinada sociedad con la naturaleza exterior desborda la esfera de la producción, la circulación, el cambio, la distribución y el consumo de bienes materiales o de servicios. Es asimismo y también de manera esencial una forma de distribución y circulación social de los individuos; de organización y ordenamiento para satisfacer sus necesidades materiales: de consumo y de producción; de creación y de satisfacción de necesidades simbólicas; de enfrentar el dilema existencial de la muerte con la afirmación cotidiana de la vida. Es, por consiguiente, una de las formas fundamentales de socialización. En la relación social con la naturaleza los individuos producen para satisfacer necesidades, vitales o creadas, pero además para reproducirse y producir-reproducir la sociedad." MUÑERA RUIZ Leopoldo (1991), p. 57.

38Ver: MELUCCI Alberto (1975), pp. 362-363.

idealista es algo más que eso, es el sustrato de una teoría que a pesar de enunciar retóricamente que la sociedad es un sistema de relaciones sociales, reduce éstas a un sistema de sistemas de acción, donde el proceso de producción y reproducción de sentido societal se da como un supuesto y un *a priori* de la práctica social.

Esta representación de la sociedad y de los niveles sociales, tiene consecuencias directas en el análisis de los movimientos sociales. Melucci hace énfasis en dos de ellas, que aquí serán retomadas y complementadas³⁹. Son las relativas a las clases sociales y a la pareja conflicto-contradicción. Con la noción de historicidad, Touraine intenta superar la definición economicista de las clases, o sea, la reducción del criterio utilizado para caracterizarlas a la apropiación de los medios de producción social. Con tal objetivo la doble dialéctica de las clases le sirve para distinguir dos dimensiones: la dominación, ligada a la acumulación, y el control y la orientación de la historicidad, ligada a los modelos de conocimiento y cultural. Diferenciación fundada en dos criterios: uno atinente a las prácticas sociales y el otro al sentido societal. No obstante remitir la formación de las clases al nivel de la acumulación, la dirección de la historicidad pasa a primer plano a la hora de caracterizarlas; sobre todo, en el estudio de la sociedad programada.

Por la línea de Raymond Aron⁴⁰, Touraine reduce la definición de las clases en Marx, que hace fundamentalmente referencia a la posición de los agentes en las relaciones sociales de producción, a la propiedad de los medios de producción social. Eso le permite restringir el proceso de producción y de trabajo al hecho de la acumulación, quitándole su carácter relacional. Al hacerlo e igualar teóricamente los niveles de la historicidad, pierde de vista el papel central de la relación social con la naturaleza en la constitución de las clases y los condicionamientos que ella impone a la gestión del sentido

societal⁴¹. Libera así el camino para ubicar analíticamente el conflicto en el terreno del control y la orientación de la historicidad. En efecto, si la acumulación es despojada de su carácter relacional, la oposición entre los actores sólo puede tener lugar alrededor del sentido societal. Por consiguiente, el conflicto social entre las clases es separado teóricamente del tipo de dominación que constituye la relación social con la naturaleza (y dentro de ella las relaciones de producción) y el concepto de contradicción es enviado a los archivos de la lógica dialéctica. Como hemos visto, la historicidad Tourainiana supone la existencia de un sentido societal compartido por las clases, que en tal medida sólo da cabida al conflicto (confrontación en la cual los intereses de los actores no se excluyen mutuamente, pues pueden ser conciliados); mientras que el concepto de las clases en Marx, además del conflicto, implica la contradicción entre ellas (confrontación en la cual los intereses de los actores se excluyen mutuamente ante la imposibilidad material de conciliarios).

El carácter relacional de la acumulación es uno de los ejes de la obra de Marx y prescindir de él exigiría demostrar que aquélla no depende de la relación histórica y socialmente condicionada entre los seres humanos y la naturaleza. Esfuerzo que no hace Touraine al explicar el conflicto entre las clases; simplemente, deja de lado la separación entre apropiación y producción, que se da en la relación social con la naturaleza, y la lucha de los productores por la reapropiación del producto social; así como las características de la relación de poder que se da entre el propietario-gestor de los medios de producción y el resto de los agentes sociales. Por consiguiente, el origen de las prácticas de confrontación de las clases populares frente a las clases dominantes, se refunde en una voluntad originaria o en una esencia reivindicativa⁴². Dentro de una perspectiva más cultural que económica, podríamos

39 MELUCCI Alberto (1975).

40 ARON Raymond (1966).

41 "Las relaciones de las clases se forman a partir del modo de extracción del excedente y sus contenidos simbólicos no son ajenos a los condicionamientos: el hecho de que las relaciones de clase asuman una forma religiosa o jurídica depende del modo de producción y de acumulación de los recursos sociales. Una determinada representación de la acción social se forma dentro de estas condiciones, pero al mismo tiempo no es una apariencia, pues informa y constituye las relaciones de clase. Me parece que la posición de Touraine, en la medida en que él rechaza toda articulación entre los componentes de la historicidad, no supera el atolladero: para liberarse del análisis de las clases del economicismo (tarea fundamental para la sociología), termina por poner la dimensión económica al lado de la dimensión simbólica sin articularlas de ninguna manera. Esa no parece ser una respuesta satisfactoria al problema planteado." MELUCCI Alberto (1975), pp. 367-368.

42 Ver la crítica a este respecto en: MELUCCI Alberto (1975), p. 370.

decir que Touraine abandona la posibilidad de entender el conflicto social a partir del papel central que juega la separación entre clases populares y dirección del proceso de trabajo, y de la forma como ella incide en el conflicto por el control de la producción y de la orientación del sentido societal.

Opción teórica que en *Production de la société* lo lleva a tener en la sombra la noción de contradicción y en *La voix et le regard* a restarle su importancia analítica⁴³. Sin embargo, no ofrece una alternativa para entender los fenómenos que eran explicados con ella; o sea, la oposición entre actores sociales que ponen en juego los principios y las propiedades estructurales de un determinado sistema de relaciones sociales. Al depender de una representación de la sociedad como meramente conflictual, el concepto de movimiento social queda al margen de las acciones colectivas que producen el paso de un sistema de relaciones sociales a otro; ya que la noción de conflicto sólo expresa la oposición dentro de los límites estructurales de la sociedad⁴⁴. De aquí las peripecias que pasa Touraine para diferenciar los movimientos sociales de los movimientos históricos o de las acciones críticas⁴⁵.

4. B. En este punto confluye la necesidad para la sociología de la acción de diferenciar la estructura y el cambio, la sociedad civil y el Estado; de combatir un pensamiento social evolucionista que identifica los factores de transformación con los factores de integración social y societal. Distinción fundamental para la teoría social, que, sin embargo, no conduce a las conclusiones que de ella saca Touraine. Como veremos a continuación, el Estado no es el agente privilegiado del cambio social, a menos

que identifiquemos éste con cambio institucional, y la sociedad civil no se reduce a ser el lugar de la integración y del conflicto. La diferencia analítica entre sociedad civil y Estado marca la imposibilidad de identificarlos y de reducir aquélla a éste, pero no una separación entre los dos; pues el papel de mediación que hace el Estado en el sistema de relaciones sociales lo coloca en el centro del conflicto y de la contradicción que se da en la sociedad civil⁴⁶.

En los denominados movimientos históricos (o acciones críticas, si nos acogemos a la terminología empleada en *Production de la société*) hay una conjunción de movimientos políticos y sociales, es decir, de acciones colectivas que buscan controlar y orientar el Estado y acciones colectivas que buscan controlar y orientar un campo de relaciones sociales. El cambio que implica el paso de un sistema de relaciones sociales a otro, tiene lugar en el momento en que actores políticos y/o sociales imponen una acción destinada a resolver una contradicción societal. En tal contexto, el Estado realiza la mediación institucional y organizacional, al tiempo que es un actor indispensable para la transformación; no obstante, participa en ella al lado de otros actores que se relacionan en la esfera más amplia de la sociedad civil. Una vez que hemos abandonado la noción de historicidad como modelos presociales y que hemos entendido el sentido societal como producido, reproducido y comprendido en las relaciones sociales, la acción de los movimientos sociales puede darse tanto al nivel de la producción-reproducción de lo estructural, como al nivel de su ruptura y transformación. En consecuencia, la acción crítica pasa a ser uno de sus componentes y no una práctica analíticamente diferenciable.

43En la *Voix et le regard* Touraine se desembaraza de la noción de contradicción ligándola a un paradigma sociológico que reduciría la sociedad a la lógica de las clases dominantes y la acción social de transformación a la profundización de la contradicción entre las clases. Pero, como veremos a continuación, el marxismo no puede ser reducido al estructuralismo marxista, ni la contradicción a una oposición entre el actor y sus obras, que sería superada por la mano del progreso. Esa es una forma de hacer análisis por la senda de la caricatura. Ver: TOURAINE Alain (1978), p. 81.

44Melucci hace esta diferenciación de la siguiente manera: "El conflicto es la oposición de las clases por la apropiación y el control del cambio histórico, es decir, de los recursos que una sociedad moviliza para orientar sus prácticas. La contradicción es, al contrario, la existencia de una incompatibilidad entre los elementos o los niveles de la estructura social: la contradicción se manifiesta cuando las relaciones propias a un determinado nivel de la estructura operan más allá de los límites de compatibilidad fijados por ese nivel, o son de tal naturaleza que comprometen las ventajas estructurales de la clase dominante. Formulada de esta manera, la diferencia entre los dos conceptos permite distinguir dos posibilidades de análisis que no se excluyen ni se superponen: en términos de los actores y en términos del sistema." MELUCCI Alberto (1975), p. 367, (T.d.A.).

45Peripecias que lo llevan a volver confusos los conceptos que utiliza. Así por ejemplo en *Production de la société* considera a los movimientos sociales y a las acciones críticas como categorías de los movimientos históricos, mientras que en una *Una introduzione allo studio di movimenti sociali*, los movimientos históricos son diferenciados de los movimientos sociales y adquieren las características antes atribuidas a la acción crítica. Ver: TOURAINE Alain (1973), pp. 459-461. y TOURAINE Alain. (1987), pp. 123-124.

46Cohen resalta esta ausencia de caracterización de la sociedad civil en la obra de Touraine y la consecuencia que ello tiene en el estudio de los nuevos movimientos sociales. Ver: COHEN L Jean (1982) y COHEN L Jean (1987).

La necesidad de estudiar el papel de los movimientos sociales en la ruptura y transformación de lo estructural se hace más evidente en las sociedades contemporáneas, en las que la transnacionalización de la producción y de la cultura impide analizarlo en el estrecho cuadro de las sociedades nacionales. El grado de inserción en la economía mundial y en el contexto internacional condiciona los recursos de las sociedades nacionales y las orientaciones culturales de los actores. Hacer caso omiso de esta observación, como sucede en la obra de Touraine, lleva a presentar a las sociedades de capitalismo tardío (o a las sociedades programadas) como el referente analítico, al considerar que el condicionamiento internacional es débil o inexistente y deducir que tienen un mayor grado de acción sobre sí mismas; olvidando que en ellas (al igual que en las denominadas sociedades dependientes) el sentido societal también se construye como la afirmación de un modelo nacional frente a la comunidad internacional.

5. La ruptura del nexo necesario y esencial entre las clases y la acción colectiva, que vimos en el punto dos del presente numeral como una de las características principales de la obra de Touraine, abre una serie de interrogantes que no encuentran respuesta en sus trabajos. Laciau anota con acierto, que Touraine busca en los nuevos movimientos sociales el sustituto del proletariado como sujeto revolucionario privilegiado. O, en otras palabras, que busca deducir de lo estructural la posición privilegiada única a partir de la cual se seguiría una continuidad uniforme de efectos que concluirían por transformar a la sociedad en su conjunto⁴⁷. Al igual que el partido en la ortodoxia marxista, los movimientos sociales encarnarían la acción colectiva implícita en las clases, y el movimiento popular la acción transformadora por excelencia. Esta crítica de Laciau puede ser profundizada, si tenemos en cuenta que para Touraine los movimientos

sociales son además las conductas por medio de las cuales las clases producen la sociedad. Por consiguiente no establece simplemente un nexo necesario y esencial entre las clases sociales y la acción colectiva, sino que un determinado tipo de ésta es elevado a la esfera de lo estructural. Del sujeto revolucionario privilegiado hemos pasado al sujeto societal privilegiado, de los llamados por la historia a cambiar la sociedad a los llamados por la historicidad a crearla.

En el seno mismo de la sociología de la acción esto genera una situación paradigmática. Nacida como una posible solución al determinismo estructuralista, queda atrapada en un tipo de acción estructural cuyo sentido está determinado de antemano por la historicidad. Para salvar tal contrasentido, se podría argumentar que el movimiento social es un tipo ideal que no tiene correspondencia con ninguna forma concreta de la acción colectiva. Sin embargo, Touraine lo reifica de forma permanente al identificarlo con movimientos realmente existentes o al ver en él una potencialidad o una esencia, de otro tipo de acciones colectivas⁴⁸.

Enfrentamos aquí tres incongruencias teóricas en la obra de Touraine que podrían ser enunciadas de la siguiente manera:

a) Al convertir a los movimientos sociales en las conductas de clase que producen y transforman la sociedad, deduce lógicamente que la existencia de las clases sociales otorga una unidad a la acción colectiva. No obstante, la heterogeneidad y fragmentación de las clases populares, dominantes o dirigentes, exige una articulación entre posiciones diferentes para lograr la unidad de acción. Articulación contingente con relación a lo estructural que no puede ser atribuida *a priori* a los movimientos sociales⁴⁹.

b) La centralidad de la relación entre las clases lo lleva a deducir lógicamente un tipo de acción colectiva que es convertido en el sujeto privilegiado de producción y transformación de la sociedad. No obstante, del papel que juegan las clases sociales en la acumulación y en la producción de modelos de conocimiento y culturales, no se puede inferir un tipo de acción colectiva que sea portador de esa

47 Ver LACLAU Ernesto y MOUFFE Chantal (1987), p. 191.

48 Más adelante veremos los inconvenientes que tendría el concepto movimiento social como tipo ideal, por ahora basta constatar el empleo que de él hace Touraine como una esencia de la acción colectiva organizada que puede ser descubierta mediante la intervención sociológica. Un espíritu benéfico que posee a la acción y que el sociólogo despierta con la vara mágica del análisis participativo.

49 Remitimos en este punto a la primera parte del trabajo de Laciau y Mouffe que desarrolla exhaustivamente el tema dentro de la tradición marxista de la cual es deudor Touraine. En la segunda parte, dentro de una perspectiva similar a la de la sociología de la acción, cuestiona la centralidad de lo económico en el sistema de relaciones sociales, sin analizar la importancia de la relación social con la naturaleza para la jerarquización de los niveles sociales.

centralidad, porque ella no depende de una secuencia lógica sino de efectos prácticos.

c) Al vincular los movimientos sociales con la historicidad y ver en ellos los sujetos privilegiados de producción de la sociedad, Touraine mezcla los elementos formales del análisis con los elementos proyectivos de la práctica. Combinación que aumenta la potencialidad ideológica de la sociología de la acción pero le resta su capacidad analítica. En el movimiento social como categoría analítica no puede ser mezclado un tipo ideal lógico y un tipo ideal práctico sin extrapolar a la acción colectiva estudiada la intencionalidad del analista y la representación-valoración que el tenga de la sociedad⁵⁰.

En los tres casos la incongruencia teórica radica en querer ligar, esencial y necesariamente, un tipo de acción colectiva a la producción y transformación de la sociedad; en amarrar dentro de la misma categoría analítica los elementos formales de la acción y los efectos que se esperan de ella. Si obviamos, por evidente, que la intencionalidad y los fines atribuidos por los actores y los analistas sociales a las formas de la acción colectiva no coinciden necesariamente con los efectos de sus prácticas sociales, las consecuencias que se derivan de ellas no pueden ser generalizadas a todas las prácticas análogas, porque ambas dependen fundamentalmente del campo relacional concreto en el que se inscriben. Los movimientos sociales, como otras acciones colectivas de clase o interclasistas, no pueden ser definidos *a priori* como los sujetos privilegiados de producción y transformación de la sociedad, porque los efectos de la forma como las clases actúan sobre lo social son contingentes y no necesarios. Porque de la centralidad que tienen las relaciones entre las clases en la construcción de lo social, no puede deducirse lógicamente el tipo de acción o de acciones que en el conjunto de prácticas sociales tenga un mayor peso. Ese es un balance que sólo puede ser hecho *a posteriori* en el estudio de los sistemas concretos de relaciones sociales.

La existencia misma de las clases implica prácticas sociales cuya forma es definida por los actores y no por las estructuras. Un conjunto de acciones son indispensables para que las clases existan como tales, pero la manera como los actores sociales resuelven esa necesidad estructural no está determinada por lo estructural. Un partido, un movimiento social, un grupo de presión o un movimiento cultural pueden tomar el papel protagónico en la escena social dependiendo de la forma como se presente el sistema concreto de relaciones sociales en un momento dado. Esto no impide que en la práctica política los analistas y los actores proyecten tipos ideales prácticos en virtud de los cuales orienten su acción, este es el caso del movimiento obrero durante el siglo XIX y buena parte del XX, de los partidos revolucionarios después de 1917 o de los llamados nuevos movimientos sociales a partir de los años sesenta. Frente a estas proyecciones la teoría social puede indicar los medios que desde el punto de vista lógico y práctico podrían ser más adecuados para alcanzar los fines deseados; pero, esta formulación hipotética que busca tener efectos concretos, no puede ser confundida con los marcos formales que a partir de generalizaciones empíricas y de encadenamientos lógicos sirven como tipos ideales o categorías analíticas para estudiar los fenómenos sociales.

6. Los movimientos sociales, al contrario de las asociaciones y las organizaciones, no son unidades homogéneas de acción y por consiguiente, no deben ser analizados como tales. Elementos como la identidad, la definición del adversario y la totalidad (I-A-T), sólo pueden ser captados si entendemos al movimiento social como la articulación de luchas, organizaciones y asociaciones. Concepto que le da dinamismo al estudio de la acción colectiva organizada, al abrirla las puertas para entender su proceso de formación y transformación, y no restringirla a los tipos ideales tourainianos.

En este caso la articulación es la interrelación integradora de diversas formas de acción colectiva e individual, que construyen una identidad común

50 Utilizo la diferencia entre tipo ideal lógico y tipo ideal práctico que hace Weber [Ver: WEBER Max (1965), pp. 192-193.] es decir entre aquellos instrumentos lógicos que permiten el análisis de los fenómenos sociales y los tipos ejemplares que marcan el deber ser [sein soll] de una determinada acción. Desde el punto de vista analítico la teoría de los movimientos sociales en Touraine nos ofrece al mismo tiempo una serie de instrumentos para estudiar la acción colectiva (por ejemplo, los principios de identidad, totalidad y definición del adversario) y el deber ser de las conductas de clase para que se adecuó a su visión de una sociedad que se autoproduce en el control y la orientación de la historicidad. Por esta razón presenta con frecuencia a los movimientos sociales como una esencia o una potencialidad.

dentro de un campo social en conflicto⁵¹. Tal caracterización coloca las relaciones de poder en el centro del estudio sobre los movimientos sociales, pues la interrelación integradora implica el encuentro de fuerzas sociales que buscan construir su hegemonía en el espacio de la articulación. Aquí no se trata de la hegemonía política encaminada al control del Estado y por ende de las instituciones que median el sistema de relaciones sociales, sino de hegemonías parciales circunscritas al campo ocupado por el movimiento.

De esta manera, a la dimensión cultural que introducen Touraine y los autores comprendidos en el paradigma de la identidad, y a la estratégica implícita en la teoría de la movilización de los recursos, viene a sumarse una dimensión relacional concreta. El movimiento social es así visto como un actor que orienta cultural y racionalmente sus prácticas, y como un escenario concreto, en el cual los actores que lo componen construyen su identidad. La cual conlleva una definición del movimiento como un conjunto diferenciado de sus elementos y del medio que lo rodea. En consecuencia, los movimientos sociales serían más una red de acciones sociales (colectivas e individuales), que una acción colectiva organizada como los entiende Touraine⁵².

II. El Movimiento Popular (pautas para el análisis)

El recorrido por la teoría de los movimientos sociales que acabamos de hacer, permite esbozar algunas pautas para analizar los movimientos populares. En efecto, el estudio de las tres corrientes presentadas en la primera parte de este ensayo, conlleva, bajo la forma de la crítica, los puntos teóricos de referencia para convertir el movimiento popular en una categoría analítica y por consiguiente, en un instrumento para la investigación de la acción colectiva de las clases populares.

Las pautas tienen el carácter de guías para reconstruir, interpretar y explicar el fenómeno social que comprendemos bajo la denominación de *movimiento popular*, sin pretender agotar el universo de

las acciones colectivas y mucho menos dar la clave de lectura del sistema de relaciones sociales.

Si retomamos la crítica de la teoría de los movimientos sociales en el punto que la dejamos al hacer la última reflexión sobre la sociología de la acción, podemos observar que la noción de articulación recoge y reconceptualiza la denominación práctico-instrumental que asimilaba los movimientos sociales al conjunto de luchas, asociaciones y organizaciones; es decir, de acciones colectivas e individuales. Sin embargo, ubica este conjunto en un nuevo contexto que hace al movimiento social cualitativamente diferente de las acciones colectivas que lo componen.

El movimiento popular es Un tipo particular de movimiento social que consiste en la articulación de las acciones colectivas e individuales de las clases populares, dirigidas a buscar el control o la orientación de campos sociales en conflicto con las clases y los sectores dominantes. El papel nuclear de las clases en esta concepción del movimiento popular define al movimiento social en función de los actores. En consecuencia, la posición que éstos ocupan en el sistema de relaciones sociales condiciona el tipo de articulación y de acción que le da forma al movimiento; o sea, limita la gama de posibilidades estratégicas y culturales de sus prácticas sociales.

En tal sentido, los principales hitos que enmarcan al movimiento popular como categoría analítica son: el camino que va de las clases a los actores populares; la naturaleza del conflicto con las clases dominantes; la interrelación que genera la articulación y el movimiento; y el significado del movimiento popular en el conjunto de prácticas sociales que participan en la producción del sentido societal.

II.1. Clases y actores populares

1. En relación con la acción colectiva y con los movimientos sociales, el concepto de clase no tiene una definición unívoca; mucho menos, cuando va acompañado del adjetivo popular. Más allá de la tentación teórica que nos podría llevar a seguir los pasos de la discusión contemporánea sobre las cla-

⁵¹Esta noción de articulación se distancia de la utilizada por Laciau y Mouffe, quienes asimilan la totalidad resultante de ella al discurso. La articulación de prácticas sociales pasa por el discurso (entendido también como una práctica), pero no se reduce a él. En el caso que aquí analizamos el efecto de la articulación sería el movimiento social.

⁵²Al hablar de los movimientos sociales contemporáneos Melucci y Tilly utilizan concepciones similares a la aquí expresada como característica general de los movimientos sociales. Melucci los entiende como redes de movimiento y Tilly llama la atención sobre la necesidad de tener un modelo de interacción con múltiples actores, más que el modelo de un simple grupo. Ver: MELUCCI Alberto. (1987), p. 142 y TILLY Charles. (1987), p. 91.

ses sociales⁵³, pretendo precisar el nexo que existe entre la posición que ocupan los sectores populares en el sistema de relaciones sociales y la acción que lleva al movimiento popular. O sea, explorar la relación entre las clases y los actores populares.

Para tal efecto, tomaré como paradigmas las nociones de clase que utilizan Poulantzas y Touraine. Alternativa analítica que permite tener como contexto la reflexión que va del estructuralismo marxista a la sociología de la acción. Poulantzas define las clases sociales como el conjunto de agentes sociales determinados principalmente, pero no de forma exclusiva, por la posición objetiva que ocupan en la esfera económica y más concretamente en el proceso de producción. Esta posición, que en su carácter objetivo es independiente de la voluntad de los agentes, supone al mismo tiempo contradicción y lucha; de tal manera que las clases no pueden ser entendidas de forma aislada, pues siempre existen en relación con otras clases, ni con independencia de la confrontación política e ideológica. A partir de tal aclaración, concluye que vistas desde otra perspectiva, las clases implican la posición de los agentes en el conjunto de la división social del trabajo, en el cual están comprendidas las relaciones políticas e ideológicas⁵⁴.

En la obra de Touraine, como vimos con anterioridad, las clases se estructuran tanto en la realización y gestión de la acumulación, como en el conflicto por el control y la orientación de la historicidad. Es decir, implican al mismo tiempo una posición frente al proceso de acumulación y una acción con sentido implícita en el conflicto por la dirección de la historicidad. Sin embargo, Touraine pone el énfasis en este último aspecto, dejando el primero como una simple constatación con muy poco desarrollo analítico. El hecho de la acumulación definiría el perfil de las clases, que sólo adquirirían forma en el conflicto por el control y la orientación de la historicidad. Las relaciones sociales de producción, reducidas al simple hecho de la acumulación, son despojadas de su naturaleza conflictual y contradictoria. En consecuencia la clase superior, dirigente y dominante es definida como aquella que al ejercer una coacción (*contrainté*) sobre el conjunto de la sociedad, gestiona y realiza el modelo

cultural; mientras la clase popular o dirigente no lo controla ni orienta, pero participa en él intentando darle otra orientación y resistiendo al dominio de la clase superior⁵⁵.

Tanto Poulantzas, desde el enfoque estructuralista, como Touraine, desde el accionista, en los antipodas teóricos que polarizan nuestro campo de referencia, identifican la clase con un tipo particular de actor. Para Poulantzas la posición objetiva en el proceso de producción que caracteriza a las clases implica la existencia de actores que luchan y entran en conflicto o contradicción. Para Touraine el actor, entendido como movimiento social, al entrar en conflicto por el control y la orientación de la historicidad es el que configura la clase. En uno el actor es subsumido en la clase y en el otro la clase es subsumida en el actor. Esta correspondencia lleva a reducir el análisis de las clases, sobre todo si se trata de las clases populares, a aquellos actores que establecen una relación conflictual. No obstante, de la posición y de la acción que sirven para definir a una categoría social como clase, no se puede inferir la existencia de un actor que la represente o que tenga el privilegio de encarnar el sentido objetivo o verdadero que ella implica.

La clase limita el espectro de posibilidades de sentido que tienen los actores condicionados por ella, pero no le da un sentido único a la acción. Afirmación que nos coloca de frente a los conceptos de clase y de actor.

Las clases sociales en la tradición marxista remiten a una doble centralidad societal, por un lado las relaciones de producción constituyen el eje del sistema de relaciones sociales y por el otro la lucha de clases es el motor del cambio social. Doble centralidad que permite establecer criterios objetivos (relativos a lo estructural) tanto para determinar las características de los grupos sociales que como tales participan en el proceso de producción, como para definir el tipo de acción que les puede ser atribuido. De la existencia de las clases se deducen como necesidades lógicas cuya ilustración empírica es una lectura de la historia prefigurada por ellas mismas, las acciones colectivas y los actores que en el conflicto y la contradicción definen el sentido y

53A partir de Poulantzas, Miliband y Wright, pasando por Dahrendorf, Bottemore y Buci-Gluksmann, para llegar a Elster y a Przeworski.

54 POULANTZAS Nicos (1974).

55 TOURAINE Alain (1973), p. 147.

el rumbo de lo social. La centralidad que tienen las clases en la estructuración de la sociedad sirve para construir la centralidad de sus acciones (conflictivas y contradictorias) por el camino de la lógica⁵⁶, sin tener en cuenta el proceso social que va de la clase al actor colectivo.

La identificación de las clases con un determinado tipo de actor colectivo (que en el caso del proletariado es el partido o las organizaciones que siguen las orientaciones del socialismo científico) refleja la intención marxista de establecer un modelo de acción (un *deber ser*) para que las clases subordinadas puedan superar la dominación y no el producto del análisis de las interrelaciones sociales en las que ellas participan. En otras palabras, los actores de clase que entran en conflicto o en contradicción por el control y la orientación de un determinado campo social no pueden ser identificados con *la clase*, así su lucha favorezca a todos los miembros de ésta. Son actores de clase, pero no representan a la clase, a menos que logren construir un consenso en torno a su acción. La figura de la representación de los intereses objetivos de las clases corresponde a un proceso lógico que no tiene un equivalente social, a menos que los *intereses subjetivos* (o intereses concretos de los actores) coincidan con los llamados *intereses objetivos* (o intereses atribuidos a los actores). Es decir, que quienes actúan en función de estos últimos logren articular en torno a ellos la *subjetividad* de la clase o más bien, los intereses de la mayoría de sus miembros.

Poulantzas sostiene que las clases no existen por fuera ni con anterioridad a la lucha entre ellas. Desde la perspectiva de los actores esta afirmación es parcialmente cierta; las clases no están al margen de la relación de dominación-subordinación que las crea, pero la acción que se genera en ella no es necesariamente conflictual. Entre dominantes y

subordinados surgen sometimientos pasivos, colaboraciones activas, resistencias no organizadas, resistencias invisibles o mimetizadas, o resistencias abiertas que implican el conflicto o la contradicción. La lucha sólo hace referencia a las acciones que pueden ser ubicadas en esta última situación.

Utilizada con rigor, la alternativa analítica que ofrece Poulantzas, en la línea de Marx y de Lenin, reduciría la categoría clase al grupo social que reuniera al mismo tiempo una determinada posición en el proceso de producción y un cierto tipo de praxis, conflictiva y contradictoria con la clase opuesta, conforme al socialismo científico. Más que una categoría analítica referida a condiciones estructurales, sería un tipo normativo (el tipo ideal práctico weberiano) en el que iría prescrita, en términos de *deber ser*, la acción revolucionaria correcta; única acción de clase⁵⁷.

Como vimos en la sección dedicada a la sociología de la acción, Touraine, deudor en este punto de la tradición marxista, ve en los movimientos sociales a ese actor que encarna la acción colectiva implícita en las clases. No representan como en el marxismo los *intereses objetivos* de las clases, pero sí una suerte de *subjetividad-objetiva* (si conservamos esa terminología) de las clases. Así, los movimientos sociales son la acción colectiva con sentido (elemento subjetivo) que esta ligada a la historicidad (elemento objetivo) a través del conflicto por su control y orientación. Es el tipo normativo que constituiría el *deber ser* de la acción de clase, para que esta pueda considerarse como tal.

La diversidad de acciones que surgen de la relación de dominación-subordinación entre las clases (del sometimiento pasivo a la liberación, de la concertación a la represión) y el sentido que los miembros de éstas les imprimen, reflejan la existencia de una pluralidad de actores de clase, colectivos e individuales, y una amplia gama de posiciones que pueden asumir por fuera del conflicto y la contradicción.

2. La presencia de una pluralidad de actores dentro de las clases, definidos por la acción que realizan en la relación de dominación-subordinación que está en el origen de éstas, nos coloca en el

⁵⁶ Este recorrido lógico es el que le permite al marxismo hablar de la clase en sí y para sí, de la clase como posición en las relaciones de producción y de la clase como conciencia de tal posición y de los medios para superarla de acuerdo con el mismo marxismo.

⁵⁷ "Las clases sociales significan para los marxistas, dentro de un único e idéntico movimiento, contradicciones y luchas de clases: las clases sociales no existen en principio, como tales, para entrar luego en la lucha de clases, lo que haría suponer que existirían clases sin lucha de clases. Las clases sociales cobijan las prácticas de clase, es decir, la lucha de las clases y sólo tienen sentido en su oposición." POULANTZAS Nicos (1974), p. 11 (T.d.A.). En esta aseveración de Poulantzas es manifiesta la reducción de las prácticas de clase a la lucha con un argumento circular: la lucha es la única práctica de clase, porque las clases son al tiempo posición en el proceso productivo y lucha. Las otras prácticas serían alienadas, es decir no-conformes con los intereses objetivos. Hay un referente normativo, el marxismo, que nos indica cual es la verdadera práctica de clase.

campo analítico demarcado por Laciau y Mouffe con la noción de las *posiciones del sujeto*. Para ambos autores la imagen marxista de un sujeto universal del cambio y la revolución social, representado en la clase y en consecuencia determinado por lo económico, debe dar paso a la idea de un sujeto social no-constituido que sólo puede ser entendido en sus diferentes posiciones. Las clases serían una de ellas, sin ocupar un lugar prioritario⁵⁸. Esta concepción cuestiona la doble centralidad social que está a la base de la teoría marxista de las clases: no acepta que las relaciones de producción constituyan el eje del sistema de relaciones sociales, ni que la lucha de clases sea el motor del cambio social. Sólo la *articulación contingente* de las diferentes posiciones del sujeto en torno a la democracia podría conducir a la construcción de la hegemonía política, y por consiguiente, de la hegemonía socialista.

Con esta tesis Laciau y Mouffe avanzan en la crítica de la identificación que el marxismo hace del actor colectivo con la clase, cuando deduce de la posición de los agentes sociales en el proceso de producción la unidad esencial de la acción revolucionaria. La heterogeneidad de las posiciones del sujeto les sirve para demostrar que los agentes sociales realizan acciones independientes de su pertenencia a determinada clase y que no son articuladas necesariamente por ésta. Sin embargo, eluden el análisis de los tradicionales actores de clase (como el movimiento obrero y el movimiento campesino) y de los diferentes actores y acciones que surgen en el seno de una misma clase. Al enfocar el tema desde la óptica de las posiciones del sujeto omiten el estudio de los actores colectivos constituidos, entre ellos los movimientos sociales; así mismo, pierden de vista los ejes que los mismos agentes sociales utilizan para darle unidad a su acción. Es decir,

aceptando su terminología, la acción de los sujetos sociales no puede ser reducida a la hegemonía política, entendida ésta como la articulación de las posiciones del sujeto desde y alrededor de la democracia⁵⁹.

No obstante la anterior reflexión, la tesis de las posiciones del sujeto contribuye a definir las tres dimensiones de la relación entre las *clases*, los *agentes sociales* y los *actores*. Los *agentes* están inmersos en una pluralidad de posiciones dentro del sistema de relaciones sociales, a partir de las cuales se genera una pluralidad de acciones y de *actores*, que a su vez encierran una pluralidad de sentidos. El concepto de *clase* hace referencia a una de esas posiciones: dentro de la relación social con la naturaleza, de la cual se derivan los actores de clase que le imprimen el sentido a su acción individual y colectiva. En el caso del movimiento popular: la posición de los agentes como clases populares determina el tipo de actores y de movimiento, pero no el sentido de su acción, el cual es definido en el conjunto de interrelaciones internas y externas que le dan forma al movimiento popular.

En este punto son pertinentes dos aclaraciones: en primer lugar, el movimiento popular está conformado de manera prioritaria pero no exclusiva por actores de clase; así como éstos participan en movimientos sociales que no son definidos por la posición de clase, en el movimiento popular participan actores individuales y colectivos definidos por otras posiciones de los agentes sociales o por el sentido que le imprimen a su acción. En segundo lugar, aunque la posición de los agentes no determine el sentido de las acciones, sí condiciona la gama de posibilidades de sentido. En el ejemplo de las clases populares, la relación de dominación-subordinación en el que están inmersas, restringe las posibilidades

⁵⁸En términos generales Laciau y Mouffe comprenden las posiciones del sujeto como la multiplicación de los antagonismos y puntos de lucha en los que puede intervenir un agente social, y la irreductibilidad de éste a uno de los tipos de relaciones en los que está inmerso, incluida la que da origen a las clases. Así mismo, cuestionan la centralidad a priori de una de esas posiciones. Al comentar la obra de Bernstein afirman: "Si el obrero ya no es solamente el proletario, sino también el ciudadano, el consumidor, el participante en una pluralidad de posiciones dentro del aparato institucional y cultural de un país; y si, de otro lado, ese conjunto de posiciones ya no es unificado por ninguna Ley del progreso (ni tampoco, desde luego, por las Leyes necesarias de la ortodoxia), entonces la relación entre las mismas pasa a ser una articulación abierta que nada nos garantiza a priori que adoptará una u otra forma determinada. Es más, surge la posibilidad de posiciones de sujeto contradictorias y de la neutralización de una por parte de otras." LACLAU Ernesto y MOUFFE Chantal (1987), pp. 44-45.

⁵⁹La crítica de Laciau y Mouffe al marxismo tiene como objetivo central convertir la radicalización de la democracia (sin adjetivos) en el deber ser por excelencia de la izquierda y no estudiar la acción colectiva. El peso de tal objetivo impide el análisis a fondo de la relación entre la clase y los actores sociales, al subsumirlo en la apología de la democracia como única alternativa a la dictadura del proletariado y como la articulación privilegiada de las diferentes posiciones del sujeto. Sin asumir la discusión sobre democracia y dictadura, que desborda los límites del presente trabajo, se puede afirmar que en todo tipo de acción social se presenta una articulación de posiciones del sujeto y que el estudio de los movimientos sociales es una invitación para analizar esos diferentes tipos de articulación y no aquél que creemos *el mejor*.

de sentido a una gama que va desde el sometimiento pasivo hasta la resistencia activa. Si por el contrario tomamos a las clases dominantes, éstas son inconcebibles sin actores que orienten y le den significado a la acción dentro de la gama de posibilidades ofrecida por el hecho de la dominación.

La tesis de Laciau y Mouffe sobre la no-determinación entre la posición de clase, la unidad esencial y necesaria del sujeto revolucionario y el sentido de sus acciones, desvirtúa sólo parcialmente la centralidad de la lucha de clases en el cambio social y deja intacta la centralidad de las relaciones de producción en el sistema de relaciones sociales. Ambos autores demuestran que la determinación económica (desde las clases) no es constitutiva del sujeto hegemónico⁶⁰ y que lo social no puede ser entendido como una realidad suturada⁶¹, o sea determinada en su totalidad por lo estructural sin que tenga cabida la acción con sentido. De estas dos tesis es imposible inferir la no-centralidad societal de la relación en la que se forman las clases y, por ende, la no-centralidad de la lucha en torno a la existencia misma de ellas. La centralidad societal de la relación de producción no es necesariamente ontológica (referida a un *ser* que constituiría el núcleo genético de lo social) y la centralidad de la lucha de clases no se reduce en el marxismo a la existencia de éstas como actores revolucionarios, también hace referencia a la necesidad de orientar y darle significado (otorgarle sentido) a la acción que busca el cambio estruc-

tural en función de la transformación de las relaciones de producción.

3. Entiendo la centralidad societal de las relaciones de producción, en la medida en que constituyen el momento económico de la relación social con la naturaleza, que en su complejidad es el núcleo de lo social. Es decir de una relación polifacética (que en su totalidad encierra una pluralidad de momentos para el conocimiento: jurídicos, políticos, económicos, simbólicos y desde luego culturales) en la cual "el contacto del ser humano, de los individuos que componen una determinada sociedad, con la naturaleza, es en primer lugar la percepción de sí mismo como ser natural específico que necesita de cosas y seres externos a su cuerpo para satisfacer sus necesidades, y en segundo lugar el hecho de que las acciones que lo conducen a tal satisfacción tienen la mediación de los seres humanos para relacionarse con las cosas y la mediación de las cosas para relacionarse con los seres humanos. Es decir, que el ser humano trabaja y por consiguiente produce, elabora las cosas de la naturaleza o las que se derivan de ellas, en relación con otros seres humanos y consume cosas que siendo naturales en cuanto materia son al mismo tiempo sociales como producto. Ese ser humano, a su vez, es el resultado de un proceso social, histórico, individual y colectivo que determina la percepción de las necesidades y la forma de satisfacerlas. De esta manera la relación con la naturaleza es social como relación de los

60" Pero el nivel económico debe reunir tres condiciones muy específicas para jugar ese papel de constitutividad respecto a los sujetos de la práctica hegemónica. En primer término, sus leyes de movimiento deben ser estrictamente endógenas y excluir toda indeterminación resultante de intervenciones externas (políticas, por ejemplo, ya que de lo contrario la función constituyente no podría referirse con exclusividad a la economía). En segundo término, la unidad y homogeneidad de los agentes sociales constituidos al nivel económico debe resultar de las propias leyes de movimiento de ese nivel (está excluida toda fragmentación y dispersión de posiciones que requieran una instancia recompositiva externa a la propia economía). En tercer término, la posición de estos agentes en las relaciones de producción debe dotarlos de «intereses históricos»; es decir, que la presencia de dichos agentes a otros niveles sociales - ya sea a través de mecanismos de «representación» o de (articulación)- debe ser finalmente explicada a partir de intereses económicos. Estos últimos, por tanto, no están limitados a una esfera social determinada, sino que son el punto de anclaje de una perspectiva globalizante acerca de la sociedad." LACLAU Ernesto y MOUFFE Chantal (1987), pp. 89-90.

61Laciau y Mouffe recurren a categorías elaboradas en el análisis del lenguaje para estudiar lo social. Sin duda lo discursivo hace parte de las prácticas sociales, pero éstas no pueden ser reducidas a aquél. La afirmación de que lo social es una forma discursiva y que ninguna forma discursiva es una totalidad suturada (cerrada alrededor de su estructura), los lleva a rechazar la existencia de una centralidad societal; sin embargo, a diferencia de lo que sucede en el análisis del discurso que utilizan ambos autores, la sociedad no se forma a partir de un sujeto y de sus diferentes posiciones, sino a partir de relaciones sociales entre actores. Como veremos más adelante lo central no es un ser del que emana lo social, sino una relación que media, limita y en consecuencia condiciona el conjunto de la sociedad, la cual es al mismo tiempo un sistema constituido y en constitución. Además, al encerrar a la sociedad dentro del marco estrecho de las formas discursivas, la convierten en un orden lógico estático que excluye la dinámica contradictoria y conflictiva de la relación entre los actores. En ese panlogismo lingüístico el antagonismo queda por fuera de la sociedad: "Pero sí, como hemos visto, lo social sólo existe como esfuerzo parcial por instituir la sociedad -esto es, un sistema objetivo y cerrado de diferencias- el antagonismo, como testigo de la imposibilidad de una sutura última, es la «experiencia» del límite de lo social. Estrictamente hablando, los antagonismos no son interiores sino exteriores a la sociedad; o mejor dicho, ellos establecen los límites de la sociedad, la imposibilidad de esta última de constituirse plenamente." p. 146.

individuos con sus propias necesidades, con las cosas y con los otros individuos"⁶².

La relación social con la naturaleza no es la causa genética del sistema de relaciones sociales. La sociedad no nace de ella como de una semilla ni es el producto de la voluntad de un sujeto trascendente que ella encarnaría; por consiguiente, no es su antecedente ni conforma una exterioridad fundadora. Es, por el contrario, parte de ese sistema; pero parte dominante que lo transforma, transforma las otras partes y forma nuevas relaciones sociales. Su centralidad radica en que media el conjunto del sistema al ser condición necesaria de lo social: la existencia natural del ser humano hace que toda sociedad se articule en torno a las necesidades materiales y simbólicas de los individuos que la componen y a la forma como ellos se relacionan con la naturaleza exterior para satisfacerlas. Esto la convierte en el límite de una determinada sociedad, que al ser sobrepasado transforma la naturaleza del sistema de relaciones sociales que la constituye y en consecuencia, en el espacio fundamental del cambio de las estructuras sociales.

En un sistema de relaciones sociales se da la coexistencia de diversas relaciones sociales con la naturaleza, articuladas en torno a una dominante por tener la condición de ser la más generalizada y alrededor de la cual se organiza la vida en sociedad. Dicha coexistencia corresponde en parte al aspecto concreto de la realidad que el estructuralismo marxista quiso explicar como una combinación de modelos analíticos: los modos de producción, y puede ser estudiada en sus rasgos comunes, terreno en el que nos movemos en este ensayo, o dentro de un sistema de relaciones ubicable en el tiempo y en el espacio: las formaciones sociales del estructuralismo marxista.

Vistas desde esta perspectiva las clases están determinadas por la posición de los agentes sociales en la relación social con la naturaleza; es decir, en el proceso de producción, en la relación de dominación-subordinación que la conforma⁶³ y en el conjunto de orientaciones culturales que se generan en su interior. En términos de los agentes y dentro del capitalismo, la relación social con la naturaleza que domina en él no es simplemente bipolar (entre el trabajador asalariado y el capital) sino que comprende tanto a aquellos que participan en el control,

62 MUÑERA RUIZ Leopoldo (1991), pp. 58-59. En la presente cita el genérico hombre utilizado en el original y que tiene un claro carácter discriminatorio es remplazado por el genérico ser humano. En nota de pie de página de tal artículo se explica que "el concepto marxiano de relación social con la naturaleza, referido específicamente a la relación de producción, tiene una larga tradición en el marxismo. Así, por ejemplo, para Lukacs la naturaleza es una categoría social, esto es: siempre está socialmente condicionado lo que en un determinado estadio del desarrollo social vale como naturaleza, así como la relación de esa naturaleza con el hombre y la forma en la cual éste se enfrenta con ella, o, en resolución, la significación de la naturaleza en cuanto a su forma y su contenido, su alcance y su objetividad." LUKACS Georg (1969), p. 101. Para el Cerroni marxista: 'Del mismo modo en que la relación ideal del conocer -su comunicación y exactitud- se da en función del objeto, así también la relación del hombre con el hombre se presenta como relación con la naturaleza. En consecuencia, así como la relación de la idea con el objeto es una relación con otra idea y un trámite de conocimiento, así también la relación del hombre con la naturaleza se da como relación con el hombre (relación social). Se evitan así dos riesgos igualmente graves y no superados en el pasado: a) que la relación del hombre con el hombre, es decir, la relación social, o sociedad, al destacarse de la referencia a la naturaleza (de la 'objetividad material) se volatilice como relación meramente ideal, como "sociedad de ideas" (Marx) dialectizable, de modo que se haga imposible la generalización-genérica (arbitraria) sobre la sociedad (hipóstasis que el apriorismo lógico construye prescindiendo del objeto y de su positividad); b) que se explique la relación del hombre con la naturaleza fuera de la relación social como mera "relación fantástica" con la naturaleza (Marx), lo que entrañaría la repetición de la reabsorción acrítica de la realidad trascendida como contenido de la abstracción a priori.' CERRONI Umberto (1975), p. 19.0 para SCHMIDT: Tanto es cierto que toda naturaleza está mediada socialmente, como también lo es, inversamente, que la sociedad está mediada naturalmente como parte constitutiva de la realidad total. Este último aspecto de la vinculación caracteriza la especulación latente en Marx sobre la naturaleza. Las diversas formaciones socio-económicas que se suceden históricamente son otros tantos modos de automediación de la naturaleza. Desdoblada en hombre y material a trabajar, la naturaleza está siempre en sí misma pese a este desdoblamiento. En el hombre la naturaleza llega a la autoconciencia y en virtud de la actividad teórico-práctica de éste se reúne consigo mismo. Si bien la actividad humana, aplicada a una cosa que es extraña y exterior a ella, parece ser también en principio frente a ésta algo extraño y exterior, se manifiesta sin embargo como "condicionamiento natural de la existencia humana", que es a su vez una parte de la naturaleza y también como automovimiento de ésta.' SCHMIDT Alfred (1976), p. 87".

63 "La propiedad privada de los medios sociales de satisfacción de las necesidades y de los medios sociales de producción implica el ejercicio de una fuerza social frente a los otros individuos y al conjunto de la sociedad. El hecho de disponer de los bienes objeto de la apropiación y de tener acceso a otros bienes, incluido el saber, y a la posibilidad de acumular capital, en virtud del valor de cambio de las mercancías, permite constreñir a los individuos que a causa del sistema de relaciones sociales han quedado excluidos de la apropiación a entrar en la relación social con la naturaleza impuesta a partir de la propiedad privada. Este poder, fuerza social en ejercicio, del capitalista sobre el trabajador asalariado y sobre el resto de la colectividad no sólo es coacción, aspecto negativo, sino formación y transformación de un tipo de organización y ordenamiento del sistema de relaciones sociales en función de la relación social con la naturaleza, aspecto positivo.

orientación y administración del capital, como a los trabajadores no asalariados, a los desempleados y a agentes que están inmersos en otros tipos de relación social con la naturaleza, por ejemplo, los aparceros. En ella, el poder desborda el plano de la interacción (intersubjetivo o interindividual) para colocarse en el colectivo, es una fuerza social que el capitalista y los administradores del capital ejercen sobre el conjunto de los agentes sociales. Por consiguiente, la posición de clase está determinada de forma prioritaria por la relación de poder y no por el hecho de la propiedad privada de los medios de producción social.

La noción de *pueblo* que es utilizada en el presente trabajo tiene una raigambre anarquista y comprende al conjunto de agentes sociales sometidos a una dominación económica, política, de género o cultural (en la cual está implícita la racial y étnica) que no está limitada, aunque la incluye, a la relación de poder entre las clases. Por consiguiente los campos sociales en conflicto son ampliados a los ámbitos de la vida social donde el poder forma grupos que fundamentan sus privilegios en la subordinación de individuos o de colectividades⁶⁴. De esta manera el anarquismo además de reconocer la

especificidad de cada lucha social y la imposibilidad de reducirla al conflicto entre dos clases principales, propugna por la revolución simultánea del conjunto de la sociedad⁶⁵. Hace confluir en el mismo proyecto la lucha contra los macropoderes excluyentes, como el Estado y el aparato productivo capitalista, y contra los micropoderes que invaden y someten la vida cotidiana⁶⁶.

De las clases subordinadas al pueblo hay la distancia que existe entre los conceptos de dominación y explotación; mientras aquél expresa la relación entre el que ordena y el que obedece, éste se limita a la apropiación por parte de una clase social de la plusvalía producida por otra. La explotación en su carácter específico expresa la centralidad social de la relación de producción, pero es incapaz de explicar los aspectos políticos y culturales del poder capitalista que son comprendidos por el concepto más amplio de dominación. La fusión entre las dos categorías permite ubicar la especificidad de la explotación en el contexto general de la dominación sin perder la centralidad que tiene la primera. Ese es el sentido del estudio de la dominación-subordinación en la relación social con la naturaleza⁶⁷

(...) En función de esa relación social de poder se da una forma de organización y ordenamiento que distribuye a los diferentes actores en el espacio social delimitado por el ejercicio de la fuerza. La asimetría de la relación, determinada por la diferencia entre actores que con una fuerza social se enfrentan a otros que sólo pueden oponerle una fuerza individual y por el carácter mismo de esa fuerza social: que atañe a la producción y reproducción de la vida biológica y de la vida en sociedad, hace que la organización sea vertical. Es decir, con una jerarquización real, no personal, debida a la propiedad privada de los medios sociales de producción y de satisfacción de las necesidades. Así mismo, el carácter privado excluye la participación de los actores sociales que no están ligados a la posesión y administración del capital, en los centros de decisión desde los cuales se ejerce la fuerza que el poder encierra. Exclusión que hace girar a la sociedad y a la naturaleza alrededor de las necesidades impuestas por la acumulación y reproducción del capital. La integración de los actores diferentes al capitalista a esta forma de organización y ordenamiento es hecha dentro de la paradójica soberanía sometida por el doble camino de la coacción (y por ende la violencia) y de la internalización que lleva a dar el consentimiento." MUÑERA RUIZ Leopoldo (1991), pp. 62-64.

64 Jesús Martín-Barbero presenta esta noción de la siguiente manera: "La concepción anarquista de lo popular podría situarse topográficamente 'a medio camino' entre la afirmación romántica y la negación marxista. Porque de un lado, para el movimiento libertario el pueblo se define por su enfrentamiento estructural y su lucha contra la burguesía, pero, de otro, los anarquistas se niegan a identificarlo con el proletariado en el sentido restringido que el término tiene en el marxismo. Y ello porque la relación constitutiva del sujeto social del enfrentamiento y la lucha es para los libertarios no una determinada relación con los medios de producción, sino la relación con la opresión en todas sus formas.

65 Ahí está el meollo de la propuesta bakuniana: entender el proletariado no como un sector o una parte de la sociedad victimizada por el Estado, sino como la masa de los desheredados." MARTÍN-BARBERO Jesús (1987), p. 22.

66 "La tiranía social, a menudo abrumadora y funesta, no asume el violento carácter imperativo del despotismo legalizado y formalizado que caracteriza la autoridad del Estado. No está impuesta en forma de leyes a las que todo individuo, so pena de castigo judicial, se ve obligado a someterse. La acción de la tiranía social es más suave, más insidiosa, más imperceptible, pero no menos poderosa y persuasiva que la autoridad del Estado. Domina a los hombres con las costumbres, los hábitos de la vida cotidiana, todo lo cual se combina para formar lo que se denomina opinión pública.

Abruma al individuo desde el nacimiento. Penetra en cada faceta de la vida de modo que cada individuo, a menudo sin saberlo, está en una especie de conspiración contra sí mismo. Se desprende de ello que, para rebelarse contra esta influencia que la sociedad ejerce naturalmente sobre él, él debe revelarse, al menos hasta cierto punto, contra sí mismo. Porque junto con todas sus tendencias naturales y sus aspiraciones materiales, intelectuales y morales, él mismo no es otra cosa que el producto de la sociedad y precisamente allí es donde se erige el inmenso poder que la sociedad tiene sobre el individuo." DOLGOFF Sam (Edición a cargo de) (1977), pp. 282 y 283.

66 El tema del anarquismo ha sido retomado para el análisis de los movimientos sociales contemporáneos que desde su acción cuestionan los límites del concepto de clase en el marxismo. Ver: FALS BORDA Orlando (1986) y MUÑERA RUIZ Leopoldo (1992).

67 La relación entre dominación y explotación en: ERRADONEA Alfredo (1990).

Cuando se habla de clases populares también se hace una simbiosis entre un término genérico, el pueblo, y uno específico, las clases subordinadas. A diferencia de lo que sucede con la dominación y la explotación, aquí el concepto de pueblo es subsumido en el de clase. De esta manera se conserva la centralidad societal de la relación en la que se constituyen las clases y se hace referencia a todos aquellos sectores sociales que además de estar sometidos a la explotación, están sometidos a otro tipo de dominación. Es decir, que reúnen en sí mismos la condición de clase subordinada y de pueblo, así el elemento que los identifique como grupo estable no sea la posición en la relación social con la naturaleza. Los grupos sociales cuya identidad viene dada por la pertenencia de sus miembros a las clases subordinadas son clases populares, en la medida en que la explotación va acompañada de una dominación política y cultural. No sucede lo mismo con otros grupos sociales que, sin ser necesariamente clases subordinadas, son pueblo; es el caso de las mujeres, las minorías étnicas y culturales, y los estudiantes. Tales grupos adquieren identidad por la posición de los agentes sociales que los constituyen en una relación social diferente a la que se establece con la naturaleza y son clases populares si la pertenencia a las clases subordinadas es un elemento común a la mayoría de sus miembros.

El movimiento popular, término genérico que designa al conjunto de los movimientos populares, es la articulación de los actores individuales y colectivos que surgen de agentes sociales que son al mismo tiempo clase y pueblo. Así el elemento que los identifique no sea su posición como clases subordinadas.

II.2. Las interrelaciones

La noción de articulación como elemento constituyente del movimiento popular resalta la importancia de la interrelación, integradora o conflictiva, entre las diferentes formas de acción que lo conforman. Por ende, exige el estudio de las relaciones de poder que están en su base.

La relación conflictiva entre las clases populares y las clases y los sectores dominantes, se da en campos sociales delimitados por los actores y no necesariamente en el escenario de lo estructural. El conflicto puede presentarse tanto a nivel de modelos societales como de relaciones concretas que sólo atañen a los actores que antagonizan; por consiguiente, los movimientos populares pueden definir

al adversario tanto en términos de actor como en términos de clase. Lo cual abre la posibilidad de alianzas con actores de las clases dominantes que no estén directamente vinculados al campo del conflicto o que compartan con el movimiento popular el elemento que lo identifica como pueblo. En este sentido, el conflicto con las clases y los sectores dominantes es dinámico, contingente y parcial, salvo en aquellos momentos en que el movimiento popular se suma a un proyecto revolucionario.

La pretensión de totalidad, como expresión de la ampliación del conflicto al conjunto de la sociedad, corresponde más al deseo de identificar el movimiento popular con el conjunto de las clases populares que a la naturaleza de la articulación de los actores que lo conforman. Sin embargo, el conflicto por la orientación y control de los diferentes campos sociales en el que participa es atravesado y mediado por un conflicto por el control y la orientación del Estado. En tal medida, el movimiento popular está insertado en un conflicto que independientemente de sus objetivos lo supera y repercute en él. No existe ningún movimiento popular incontaminado de política institucional, todos participan al mismo tiempo en el juego político del Estado y en el de la sociedad civil.

Las relaciones al interior del movimiento popular no escapan a la reproducción de las orientaciones culturales, los valores, las prácticas y las jerarquizaciones de los modelos de sentido societal dominante. De donde se colige que simultáneamente son un espacio de articulación de acciones colectivas portadoras de orientaciones culturales que entran en conflicto con las de las clases dominantes y un espacio de reproducción de las orientaciones que imperan dentro de los límites impuestos por éstas. Aunque no se definan mutuamente como adversarios, los actores que conforman un movimiento popular entran en conflicto entre sí en el proceso de construcción de la identidad colectiva. La heterogeneidad de los actores de las clases populares y de los intereses que representan hace que detrás de la relación con las clases dominantes exista una dinámica conflictiva interna que puede llevar a la fragmentación del movimiento popular y constituir el centro de sus interrelaciones.

El movimiento popular, al no representar *la acción* de las clases populares ni tener el privilegio de ser *la práctica social* ligada a la producción del sentido societal, debe ser ubicado en el contexto de

otras acciones de las clases populares (pienso en los partidos, en los movimientos armados, en las acciones colectivas no-conflictuales y en las acciones individuales) y de acciones y movimientos que no son definidos por la pertenencia a las clases subordinadas. Así se abre otro campo de conflicto o de integración que se da dentro de las clases populares y en el que está inmerso el movimiento popular.

En resumen, alrededor del campo social en conflicto con las clases y los sectores dominantes en el que se forma el movimiento popular, existen dos campos conflictivos potenciales que reflejan su dinámica: entre los actores que lo conforman y con otros actores de las clases populares. Es decir los tres niveles en que se da la articulación del movimiento popular son el de la relación entre las clases dominantes y las clases populares, el de la relación entre actores de una misma clase y el de la relación entre actores de un mismo movimiento.

La vida del movimiento popular está en la dinámica que se genera en ese entramado de interrelaciones. Por consiguiente su estudio no se puede limitar ni a una supuesta marginalidad, ni a una acción estratégica que moviliza recursos, ni a las orientaciones culturales que enfrentan a las clases subordinadas con las clases dominantes. Debe ser el análisis de actores que definen su articulación en un universo complejo en el cual lo irracional, la acción estratégica y la acción con sentido definen, dentro de los condicionamientos impuestos por lo estructural, la naturaleza del conflicto que un conjunto de actores de las clases populares entablan con un conjunto de actores de las clases dominantes. Excepcionalmente dicho conflicto hace referencia a la totalidad societal. O

TEXTOS DE REFERENCIA

ARON Raymond (1966), *La Lutte de classe*, París, Gallimard.

BAJOIT Guy (1974), *Vers une sociologie scientifique. A propos du livre d'Alain Touraine Production de la société*. En: *Sociologie du travail* 16, Avril-Juin, pp. 193-203.

BAJOIT Guy (1991), *Pour une sociologie relationnelle*, L-L-N, Manuscrito.

CALDERÓN GUTIÉRREZ Fernando (Compilador) (1986), *Los Movimientos sociales ante la crisis*, Buenos Aires, CLACSO.

CALDERÓN GUTIÉRREZ Fernando (Compilador) (1987), *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden*, Buenos Aires, CLACSO.

CERRONI Umberto (1975), *Marx y el derecho moderno*, México, Grijalbo.

COHÉN L. Jean (1982), *Class and Civil Society: the limits of Marxism Critical Theory*, Hamherst.

COHÉN L. Jean (1987), *Strategia o identità; nuovi paradigmi teorici e movimenti sociali contemporanei*, In: *Problemi del Socialismo/12*, Nuova Serie, Roma, Franco Agnelli, pp. 28-74.

DOLGOFF Sam (Edición a cargo de) (1977), *La anarquía según Bakunin*, Barcelona, Tusquets.

ENNIS James and SCHREUER Richard (1987), *Mobilizing weak support for social movements: the role of grievance, efficacy and cost*, *Social Forces* No. 66, pp. 390-409.

ERRADONEA Alfredo (1990), *Sociología de la dominación*, Montevideo, Norden-Comunidad.

FALS BORDA Orlando (1986), *El nuevo despertar de los movimientos sociales*, En: *Revista Foro* No. 1, Septiembre, pp. 76-83.

GIDDENS Anthony (1987), *La Constitution de la Société*, Paris, PUF.

JENKINS Craig (1983), *Resource Mobilization Theory and the study of social movements*, *Annual Review of Sociology*, Vol. 9., pp. 527-553.

KERBO Harold R (1982), *Movements of crisis and movements of affluence. A critique of deprivation and resource mobilization theories*, *Journal of conflict resolution* No. 26 pp. 645-663.

KORNHAUSER William (1959), *The Politics of Mass Society*, Glencoe, Free Press.

LACLAU Ernesto y MOUFFE Chantal (1987), *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI.

LAPEYRONIE Didier (1988), *Mouvements sociaux et action politique, Existe-t-il une théorie de la mobilisation des ressources?*, In: *Revue Française de sociologie*, XXIX, pp. 593-619.

LUKACS Georg (1969), *Historia y conciencia de clase*, México, Grijalbo.

MARTÍN-BARBERO Jesús (1987), *De los medios a las mediaciones*, México, Gili.

MC CARTHY John and ZALD Mayer (1977), *Resource Mobilization and Social Movements: a partial theory*, *American Journal of Sociology*, Vol 82, No. 6, pp. 1212-1239.

MELUCCI Alberto (1975), *Sur le travail théorique d'Alain Touraine*, In: *Revue Française de Sociologie*, pp. 359-379.

MELUCCI Alberto (1989), *Sistema politico, partiti e movimenti sociali*, Milano, Feltrinelli.

MELUCCI Alberto. (1987), *La sfida simbolica dei movimenti contemporanei*, In: *Problemi del Socialismo/12*, Nuova Serie, Roma, Franco Agnelli, pp. 134-157.

MUÑERA RUIZ Leopoldo (1991), *La justicia es p'a los de ruana. (Relación social con la naturaleza, Estado y Derecho Capitalista)*, En: *Sociología Jurídica en América Latina*, Oñati Proceedings No. 6, Oñati, The Oñati International Institute for Sociology of Law.

- MUNERA RUIZ Leopoldo (1992), *El lobo y las ovejas*, En: *Magazín Dominical de El Espectador* No. 463, Bogotá, 8 de Marzo de 1992, pp. 18-21.
- OBERSCHALL Anthony (1973), *Social conflict and social movements*, Englewood Cliffs-New Jersey, Prentice Hall Inc.
- OFFE Claus. (1987), / *Nuovi Movimenti Sociali: una sfida ai limiti della politica istituzionale*, In: *Problemi del Socialismo/12*, pp. 157-203.
- OLSON Mancur. (1968), *The Logic of Collective Action*, Schoc-ken Boks, New York.
- PIZZORNO Alessandro (1987), *Considerazione sulle teorie dei movimenti sociali*, In: *Problemi del Socialismo/12*, pp. 11-28.
- POULANTZAS Nicos (1974), *Les classes sociales dans le capitalisme aujourd'hui*, Paris, Seuil.
- SCHMIDT Alfred (1976), *El concepto de naturaleza en Marx*, México, Siglo XXI.
- SMELSER Neil (1963), *Theory of Collective Behavior*, New York, MacMillan.
- TILLY Charles (1987), *Modelli e realtà della azione collettiva popolare*, In: *Problemi del Socialismo/12*, pp. 74-101.
- TOURAINÉ Alain (1973), *Production de la Société*, Paris, Seuil.
- TOURAINÉ Alain (1978), *La voix et le regard*, Paris, Seuil.
- TOURAINÉ Alain (1984), *Les mouvements sociaux: objet particulier ou problème central de l'analyse sociologique?*, In: *Revue Française de Sociologie*, janvier-mars, XXV-1, Ed. du CNRS.
- TOURAINÉ Alain (1984)1, *Le retour de l'acteur*, Paris, Fayard.
- TOURAINÉ Alain (1987), *Una introduzione allo studio dei movimenti sociali*, In: *Problemi del Socialismo/12*, pp. 101-134.
- WEBER Max (1965), *Essais sur la Théorie de la Science*, Plon, Paris.
- ZALD Mayer and MAC CARTHY John (Eds.) (1987), *Social movements in an organizational society*. Collected essays, New Brunswick, Transaction Books.
- ZALD Mayer and MAC CARTHY John, (Eds.) (1979), *The dynamics of social movements, resource mobilization, social control and tactics*, Cambridge, Winthrop Publishers.